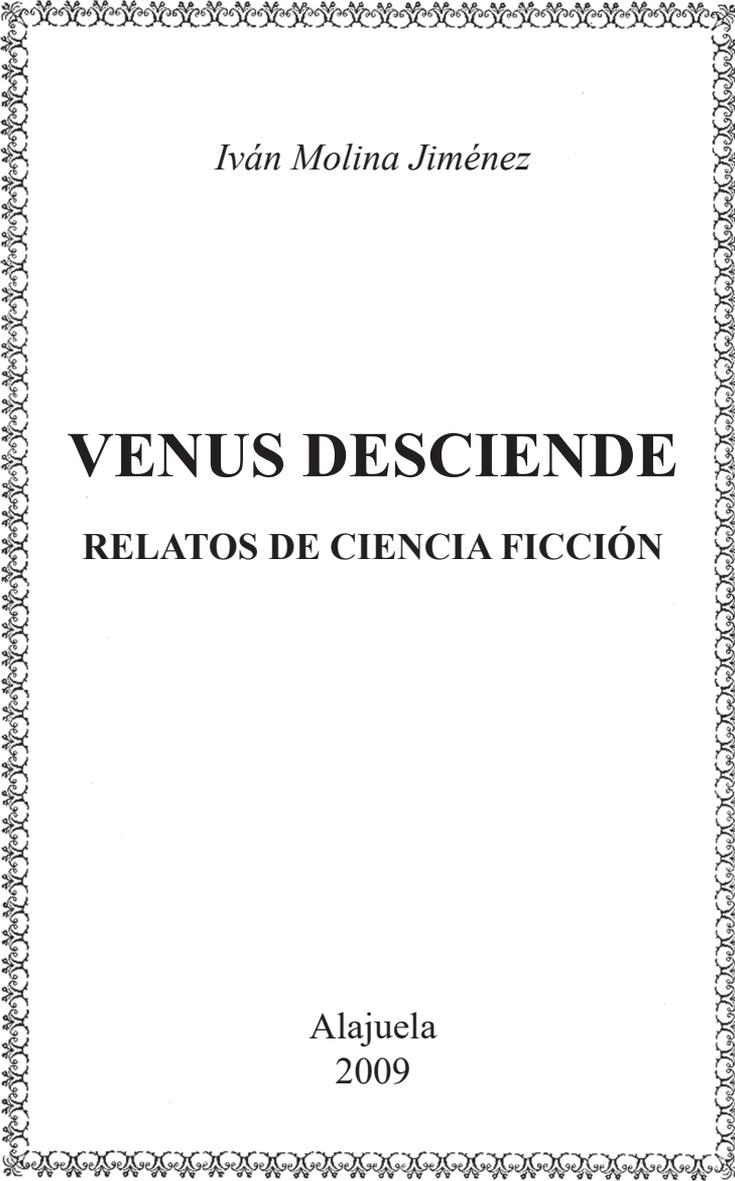


VENUS DESCIENDE

RELATOS DE CIENCIA FICCIÓN



Iván Molina Jiménez



Iván Molina Jiménez

VENUS DESCLENDE
RELATOS DE CIENCIA FICCIÓN

Alajuela
2009

863.44

M7221v Molina Jiménez, Iván

Venus descende : relatos de ciencia ficción /

Iván Molina Jiménez. – 1 ed. – Alajuela, C.R. :

I. Molina J., 2009.

76 p. ; 21 X 14 cm.

ISBN: 978-9968-9560-2-4

1. Cuentos costarricenses. 2. Ciencia ficción.
 - I. Título.

Los personajes, experiencias, entidades, instituciones y eventos mencionados en este libro son ficticios o utilizados ficticiamente.

Primera edición: 2009.

Diseño de portada: Silanif Sumsare.

Ilustración de portada: Vania.

© Iván Molina Jiménez.

Apdo. 1478-4050. Alajuela, Costa Rica; email: ivanm2001@hotmail.com

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito de ley.

SUSTITUTO	7
HABITANTE DE LAS MÁRGENES	13
MORPHO	23
COSTARRICENSE INTERINO	29
VENUS DESCIEDE	35
SOY LA DE LA FOTO	43
XELAJÚ	51
LA ÚLTIMA NOCHE DE RODOLFO	59
ARMAZÓN DE ESTRELLAS	65
PANDORA INMINENTE	71

SUSTITUTO

La secretaria parecía una modelo, pero no me hice ilusiones. Debajo de su seductora piel adolescente, lo que había era una máquina de última generación, construida con los componentes más caros del mercado y programada específicamente para atender labores de oficina. Admiraba la perfección de sus piernas, cuando me dijo, con una voz que moduló exquisitamente:

—El licenciado Cuevas le aguarda.

Sonreí por la ironía de la frase, puesto que tenía casi una hora de esperar a que me atendiera; pero me levanté y la seguí. Era casi tan alta como yo y, por un momento, divagué acerca de cuán eficiente sería su desempeño en la cama.

—¿Don Gustavo?

Asentí, con timidez, y el abogado Cuevas se levantó y me estrechó la mano como si fuera un viejo amigo.

—Es un gusto conocerlo. Póngase cómodo. Carolina, dos expresos por favor.

Desde el fondo de un sillón de cuero, aprecié el tamaño de la oficina, más amplia que mi apartamento. Fugazmente, mi mirada pasó del enorme escritorio de madera natural a las paredes, en las que colgaban pinturas con casas de abobe y escenas rurales, y se detuvo en el ventanal que dejaba ver, a lo lejos, las montañas de Escazú.

—¿Linda vista, verdad?

Iba a contestar que sí, pero mi respuesta naufragó en el dulce aroma del café. La diminuta taza parecía incómoda entre mis dedos.

–Gracias Carolina. Puede retirarse.

Al quedarnos solos, Cuevas me dijo:

–Necesito verificar algunos datos. ¿De acuerdo?

–Claro.

Inmediatamente, el ventanal se convirtió en una pantalla, en la que apareció el expediente de mi vida.

–Según el registro, su nombre completo es Gustavo Ramírez Sibaja. Nació el 20 de febrero del 2070, por lo que ahora tiene 40 años cumplidos. Fue a la escuela “Lizano Fait” en Paraíso, se graduó del colegio vocacional “Urbina Pinto” en Cartago y, en el 2090, obtuvo un título de técnico en producción de nano-componentes en el INA-TEC. Del 2091 en adelante, ha laborado en tres empresas: Lazlo Solutions, Casiraghi Developments y Putin Innovations. En todas destacó como líder solidarista y fue calificado como un operario excepcional; en la última corporación en que trabajó, alcanzó el puesto de supervisor de sección en el 2108. Cuando la compañía cerró su planta en Alajuela, en el 2109, fue cesado y, hasta el día de hoy, se ha mantenido con un seguro de desempleo que vence el próximo mes.

Nada tenía que añadir a lo dicho por Cuevas.

–¿Imagino que la edad le ha dificultado colocarse de nuevo?

–Los empresarios los prefieren androides.

Tal vez Cuevas imaginó que mis palabras –motivadas por la creciente incorporación de seres artificiales a la fuerza laboral– eran una crítica velada por disponer de la exuberante Carolina; pero eludió tratar el tema, al expresar:

–No es justo. Alguien con un expediente como el suyo debería poder encontrar una posición sin problema. En casi veinte años laborales, usted sólo se incapacitó una vez, durante dos días. ¡Extraordinario!

Me alcé de hombros, al tiempo que procuraba evitar el recuerdo sin sentido de las numerosas veces que fui declarado empleado del mes y colaborador del año, reconocimientos plasmados en placas y certificaciones, que documentaban —con letras imitación oro— la eficiencia con que siempre cumplí mis tareas.

—El informe financiero indica que usted no tiene deudas. La única obligación que consta es una pensión alimenticia asignada a su hija, Ingrid, de doce años, cuyo monto comprende casi un tercio de su actual seguro de desempleo. Su ex compañera, Maureen Solís, vive con Andrés Núñez, de profesión taxista.

Cuevas pareció vacilar antes de añadir:

—Desde hace dos semanas, usted reside en Alturas de Carrizal, micro-apartamento 45C, del cual es propietaria Everly Asturias.

Por unos segundos, el abogado fingió buscar algo más en el expediente digital. Terminó su café y agregó:

—Todo parece estar en orden. Sin duda, usted es el mejor oferente para el puesto. ¿Necesita que le recuerde los términos del contrato?

—No es necesario.

—¿Está seguro?

—Sí.

Sabía todo lo que necesitaba conocer, y quizá un poco más. A partir del 2098, con la aplicación de la flexibilización ética a la gestión del Estado, los funcionarios públicos de alto rango fueron autorizados a contratar sustitutos para que, en caso de incurrir en algún tipo de enriquecimiento ilícito, sus suplentes fueran los que asumieran la condena (si es que la había). El fundamento filosófico de esta reforma legal fue la teoría de las compensaciones, elaborada por el economagistrado Albert Tregós, según la cual era un derecho de las empresas competir por mejorar su posición en el mercado mediante la inversión estratégica en el campo político.

–Procedamos.

Fugazmente, evoqué las intensas movilizaciones ciudadanas contra el proyecto, los constantes debates en los medios de comunicación, la victoria de “Flexibilidad Sí” en el plebiscito convocado para dirimir el asunto, las expresiones de júbilo con que empresarios, diputados, ministros y otros jefes recibieron el resultado de las urnas, y las lágrimas de indignación con que los partidarios de “Impunidad No” asumieron la derrota.

–Firme aquí, por favor.

Coloqué la yema de mi pulgar derecho en el verificador digital, y un breve acorde indicó que mi identidad acababa de ser autenticada. Sin ocultar una profunda satisfacción, Cuevas me dijo:

–Desde ahora, usted es el sustituto oficial del presidente electo, Kevin Sánchez.

Financieramente, eso significaba que, durante los próximos cuatro años, tendría un ingreso mensual estable de seis mil eurodólares, diez veces más que lo que recibía por mi seguro de desempleo. Sin embargo, era casi seguro que pasaría algún tiempo en la cárcel. Sánchez, que acababa de ganar los comicios de febrero del 2110 como candidato del Partido Honestidad y Transparencia, había manifestado su intención de privatizar el sistema de parques nacionales. De acuerdo con lo publicado por la prestigiosa revista *Nature Defender*, varias corporaciones turísticas y urbanizadoras estaban dispuestas a pagar comisiones millonarias por lograr las mejores concesiones.

–¿Preocupado?

–No excesivamente.

Por su expresión, inferí que Cuevas creía que me esforzaba por parecer tranquilo, pero no era así. Antes de aplicar para sustituir a Sánchez, consulté con un abogado, Rolando Monge, quien me explicó en detalle las implicaciones de firmar un contrato de tal índole.

—El peor escenario, don Gustavo, sería que el presidente fuera condenado por todos los delitos de corrupción. La pena correspondiente ascendería a treinta años de cárcel.

La infinita tristeza de mi rostro conmovió a Monge:

—No se preocupe. El año carcelario costarricense es de seis meses.

—¿Y eso qué significa?

—El período máximo que estaría en prisión sería de quince años.

Dado el desconsuelo de mi mirada, Monge añadió:

—Podría estar afuera en unos tres años si se inscribe en el programa de buen comportamiento y cumple con todos los requisitos.

Despreocupada y satisfecha, la voz de Cuevas interrumpió mis recuerdos:

—Don Gustavo, ha sido un gusto conocerle.

—Igualmente.

El apretón de manos con que nos despedimos fue tan firme como insincero. Al dejar la oficina, no resistí la tentación de mirar de nuevo a Carolina. Sin darse por enterada del apetito acumulado en mis ojos, la secretaria me deseó un día feliz y provechoso. Tal vez lo fuera. Tenía asegurados casi 300.000 eurodólares libres de impuestos. Deducidos los gastos indispensables, confiaba en ahorrar lo suficiente para, una vez superada mi experiencia carcelaria, abrir un bar y empezar otra vida.

HABITANTE DE LAS MÁRGENES

No te culpo, mi bello Sergio, por haberme dejado cuando todo empezó a desmoronarse. Agradezco la franqueza con que te despediste y, sin duda, tenías razón. Permanecer a mi lado equivalía a suicidarte, profesional y políticamente. Tu única equivocación fue afirmar que me precipité al denunciarlos; pero, ¿acaso dispuse de opciones aceptables? El administrador práctico que gobierna tu corazón tiende a creer que siempre es posible alcanzar acuerdos satisfactorios y eludir, de alguna manera, la confrontación. La vida, sin embargo, desafía constantemente la planificación institucional y personal, como lo evidencia la pasión que me llevó a tus brazos.

Jamás olvidaré la primera vez que te vi: alto, erguido, pulcro y elegante. Pasaste junto a mí, de camino a la cafetería, y te comparé, de inmediato, con los modelos virtuales de los gimnasios de moda. “Magnífico”, dije en voz baja, y Audrey, que iba a mi lado, se apresuró a advertirme, con una sonrisa colmada de malicia:

–Mejor, olvidá que lo viste.

–¿Por qué?

–Es el nuevo asistente de Cisneros.

–Lástima –respondí sin ocultar un efímero desencanto–, tan perfecto y en tan pésima compañía.

*

Llegaste a mi vida en una época muy difícil. En el 2060, cumplí cuatro décadas exactas de laborar para la Contraloría de Tarifas de Servicios Públicos y, forzosamente, debía jubilarme dos años después. Financieramente, no me vería afectado por el retiro, dado que mis inversiones me aseguraban un ingreso más que aceptable; pero, ¿qué iba a hacer con todo ese tiempo libre? Aunque de manera esporádica leía, iba al cine, arreglaba el jardín y me ejercitaba, carecía de verdaderas aficiones, y no me entusiasmaba matricularme en clases de manualidades o iniciar una empresa. La expectativa de tener días completos a mi entera disposición, me aterrizzaba.

—Ricardo —me preguntó Teresa, la psicóloga especializada en traumas jubilatorios que consulté—, ¿ya trató con Pensionados Anónimos?

—Fui a dos reuniones.

—¿Y?

—Me sentí peor.

Después de un mes de terapia, desistí. Según Teresa, me encontraba en una fase de total rechazo, y únicamente cuando la superara, podría enfrentar la jubilación de modo más constructivo. Indudablemente, tenía razón. A partir de los 25 años, mi vida se organizó en función de la Contraloría: me levantaba a las siete de la mañana, abría la puerta de mi oficina a las nueve, almorzaba a la una de la tarde, concluía mi quehacer a las cinco, y a las seis regresaba a mi apartamento. Sábados y domingos los tenía dispuestos para limpiar, lavar la ropa, ir al supermercado y, tal vez, para alguna salida al restaurante.

—¿Y qué suele hacer en sus vacaciones?

La voz de Teresa aún tenía un acento juvenil, pese a que era una mujer madura.

—Algunos viajes al Caribe o a la playa. La mayoría de las veces simplemente espero que pasen los días para volver al trabajo.

Sería oportuno indicar que la experiencia con la psicóloga fue de poca ayuda porque le oculté información vital: tenía unos nueve meses de haberme divorciado por segunda vez. Jason, mi ex 2, también era técnico en el cálculo de costos y laboraba en una empresa biotecnológica. Nos conocimos en una fiesta de fin de año, en casa de una amiga común. Sin pensarlo mucho, empezamos a vivir juntos. Él, que era ligeramente más joven, aportaba el entusiasmo y las ilusiones, y yo el orden y la prudencia. La relación se consolidó con el matrimonio, y permaneció estable, con algunos altibajos, por casi una década.

Incompatibilidad fue la justificación con que se tramitó el divorcio y no era una razón falsa. Jason se cansó de mi carácter metódico y predecible y yo de sus excentricidades, cada vez más costosas. Pese a algunas palabras desagradables, el proceso fue bastante amistoso y no disputamos por los bienes comunes. Conservé el apartamento en Sabana Norte y él se quedó con la cabaña en las faldas del volcán Barva. Durante las primeras semanas, me sentí confortablemente aliviado; pero después comencé a extrañarlo y sentí que algo me desgarraba el estómago cuando supe que tenía un nuevo compañero.

Fue desde el fondo de un abismo —al borde de la jubilación, solo y deprimido— que te descubrí esa tarde, mi bello Sergio y, a partir de ese momento, toda mi vida se transformó. En la mañana, al aproximarme a la Contraloría, el edificio perdía su tristeza estructural y parecía llenarse de colores; el aire se convertía en el medio por el cual, en algún instante del día, me llegaría tu perfume; y el laberinto de pasadizos, escaleras y oficinas era la selva burocrática en que aprendí, como un intrépido cazador, a acechar tus movimientos para recolectar detalles con los cuales fabricar fantasías nocturnas. Gestos, sonrisas y miradas, atisbados a la distancia, alimentaban mis sueños, en los cuales nos saciábamos recíprocamente. La inocente felicidad que me pro-

porcionaba este juego terminó el día que, sin disimulo, me atravesaste con tu mirada. Supe entonces que, en adelante, yo sería la presa.

*

Esperaste algunos días antes de empezar a saludarme, primero brevemente; luego, comenzaste a estrechar mi mano y, por fin, una vez que tuviste la certeza de que mis niveles de ansiedad estaban suficientemente altos, me invitaste a tomar unos tragos. Escogiste un bar discreto, distante y sin pretensiones, en el límite sur de Desamparados. Allí, en una mesa al fondo, entre vodkas y fajitas de pollo, me contaste lo que ya conocía. Tenías 32 años, dejaste a medio camino la carrera de Administración de Empresas para probar suerte como modelo, pero los resultados fueron desalentadores. La conversación duró lo justo para que las miradas finiquitaran los detalles. Cuando ya estaba seguro de cuál sería la respuesta, te pregunté:

—¿Vamos a mi apartamento?

Cerré la puerta y, sin aviso, me tomaste entre tus brazos y con un largo y profundo beso prescindiste de las palabras, mientras reconocías mi cuerpo y lo liberabas de sus ropas. Traté de responder apropiadamente a tus caricias, y no me dejaste; como un detenido ante la inminencia del cateo, me apoyé contra la pared. Me estremecí al sentir tu aliento en mi nuca, mi espalda contra tu pecho y tus manos, firmes e infinitas, entre mis piernas. Imaginé que te abrirías paso en mí con toda tu fuerza y de una sola vez; pero avanzaste lentamente, con un deseo contenido que empezó a inundarme a medida que el mío se esparcía entre tus dedos. Satisfechos, ya en la cama, a la espera de recobrar energías para derramarnos de nuevo, caímos poco a poco en la etapa de las inevitables confianzas e infidencias.

—¿Te molesta si te pregunto por Cisneros?

—En absoluto.

—¿Piensan vivir juntos?

–No. Es algo de conveniencia. Él quiere sexo y yo un mejor puesto.

–¿Así de simple?

–Sí. No hay amor ni compromiso; únicamente, intercambio de fluidos.

Me fue imposible conservar mi sonrisa.

–¿Te ofende mi franqueza?

No contesté; después de unos minutos, Sergio añadió:

–¿Parezco muy cínico?

–Prefiero no juzgar.

Mi respuesta lo disgustó un poco. Temí que se levantara y se fuera; pero, en vez de eso, se colocó boca abajo, a mi lado, y me abrazó.

–Mejor te lo cuento. A los veinticinco años, me enamoré intensamente de una persona: Édgar Constela.

–¿El...?

–Sí, ese.

Constela era uno de los principales empresarios de Centroamérica, con inversiones en la banca, las telecomunicaciones, la educación universitaria privada y los seguros de salud.

–La relación con Édgar fue una experiencia completamente nueva para mí. Tenía a mi disposición recursos prácticamente ilimitados y, en los primeros tres años, fue afectivamente muy satisfactoria. Después, comenzaron los problemas. Él no estaba de acuerdo con lo del modelaje. Hoy, con la claridad que da la distancia, creo que influyó para que mi carrera se estancara. Tampoco me apoyó para que terminara mis estudios. Entre más vulnerable y dependiente fuera yo...

Sergio dejó sin terminar la frase, interrumpido por una inesperada sombra de tristeza, que apagó el brillo de sus ojos.

–En el fondo, Édgar no confiaba en mí. Quizá era tan celoso porque tenía muy presente la diferencia de edad. Me

lleva casi treinta años. Creía que yo era capaz de engañarlo con cualquier hombre que se cruzara en mi camino. Al final, lo hice. Después de una semana muy conflictiva, aproveché que estaba fuera del país y salí con un par de amigos. En el bar conocí a un joven abogado, muy agradable y me quedé a pasar la noche con él.

—¿Édgar se enteró?

—Casi en el mismo momento en que ocurría.

—Disculpá, pero no entiendo.

—Como al año y medio de vivir juntos, tuve un pequeño accidente doméstico y me quebré un brazo. Fue una lesión bastante compleja por lo que tuvieron que operarme. Alguien del equipo médico aprovechó la ocasión para, sin mi conocimiento, implantarme un nanotransmisor que, aparte de indicar permanentemente mi ubicación exacta, enviaba cada hora un informe detallado de todas mis actividades corporales al correo electrónico de Édgar.

La incredulidad dominaba mi rostro.

—En la madrugada, varios hombres irrumpieron en el apartamento del abogado y nos dieron una tremenda paliza. Con el ruido, los vecinos llamaron al 911. Antes de irse, uno de los atacantes me golpeó en la cabeza con un pedazo de tubo y perdí el conocimiento. Desperté en el hospital y pasé en cuidados intensivos casi una semana; pero la recuperación completa duró casi un año, incluida la fisioterapia. Un día, al revisar las cuentas para unos trámites con la aseguradora, encontré una suma cargada por extraerme el dispositivo. Comencé a averiguar en qué consistía y cuáles eran sus funciones y así supe del implante.

—¿Y no se te ocurrió demandar a Édgar por eso?

—Lo pensé, pero mi desventurado cómplice de amores, el abogado, me aconsejó desistir. Édgar dispone de tantos recursos e influencias que es prácticamente intocable.

—¿Lo has vuelto a ver?

—¿Al abogado?

—No, a Édgar.

—Jamás, pero sospecho que cada vez que puede, me perjudica. No te imaginás de cuántos trabajos he sido despedido con la excusa de que mis servicios ya no son necesarios. Eso cambió apenas en junio de este año. Un ex, que conoce mi situación y es asesor del diputado Ortuño, me informó que estaba disponible el puesto de asistente en la Contraloría.

—¿Te advirtió de Cisneros?

—Sí, en dos sentidos. Primero, me dejó claro que, en su condición de Jefe de Recursos Humanos, mi futuro laboral en la institución, en su etapa inicial, dependería completamente de él; y segundo, me sugirió que leyera algo sobre el derecho de pernada.

—¿Y no te importó?

—Me incomodó, pero pensé en utilizar esa información a mi favor. Si te cuento cómo fue la entrevista, ¿prometés no escandalizarte?

—Trataré.

—Ese día me presenté con mi mejor traje. Cisneros me atendió con cierta displicencia, pero procuré darle confianza. Después de un rato de conversar sobre tecnicismos burocráticos, me dijo: “Tal vez, después de todo, usted sea la persona indicada para el puesto”. Se levantó de su sillón ejecutivo y, muy lentamente, se ubicó detrás de mi silla y puso sus manos en mis hombros. “¿Nos entendemos?”, me preguntó en voz baja. Sin inmutarme, lo atraje hacia mí con un impulso que lo alarmó, coloqué sus brazos alrededor de mi cuello y le contesté: “Fuerte y claro”.

—¿Tienen un acuerdo explícito?

—Los términos son muy simples. Sexo a discreción de Cisneros durante lo que resta de este año e inicios del siguiente, pero sin exclusividad de mi parte. En febrero próximo, pasaré a ser un empleado permanente y, apenas haya la posibilidad de un ascenso, él se asegurará de que lo consiga.

Entre perplejo y decepcionado, te miré en silencio, sin saber qué decir. Captaste, mi bello Sergio, que para mí era muy difícil aceptar ese estilo tan alternativo de vida; sin embargo, no te diste por vencido. Empezaste a acariciarme de nuevo, vi como abrías tus piernas y no me resistí al impulso que, con muy pocos movimientos, me atrajo hacia vos. Pronunciaste mi nombre con ternura y me dijiste:

—Si te he contado todo esto es para que sepás quién soy. Me gustás mucho, parecés muy buena persona, pero no quiero que te engañés. Después de lo de Édgar, estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para sobrevivir. Tal vez te parezco un poco corrupto y, de ser así, lamento dejarte esa impresión.

Iba decir algo y tu mirada me detuvo.

—Permitíme terminar, por favor. No soy un completo fraude. Casi tengo un posgrado en Administración y estoy más que calificado para el puesto que desempeño y para otros que alcance posteriormente. Además, cumplo a cabalidad con mis responsabilidades profesionales. No puedo darme el lujo de llegar los treinta y cinco años y carecer de un empleo estable. La Contraloría es una excelente opción laboral y no voy a desaprovecharla.

—¿Y los sentimientos?

Besaste mi cuello para no responder.

*

Evidentemente, mi bello Sergio, el inicio no era prometedo; pero conforme pasaron los meses, empezaste a bajar tus defensas y hasta te permitías, en esos instantes de vulnerabilidad posteriores a la satisfacción física, expresar cuánto significaba lo que fuera que tuviéramos. Pese a mis dudas y reservas, me convencí de que la vida nos había dado, a ambos, una nueva oportunidad afectiva. En mi imaginación, éramos una combinación perfecta de experiencia y juventud, y abrigué la esperanza de que, a mi lado, tu cinismo rampante tendería a desaparecer.

Entonces, fue que lo descubrí. Al correr una verificación aleatoria de los programas inteligentes de cálculo de costos, encontré una inconsistencia de más 0,05 en las tarifas de electricidad, agua potable y aire purificado. Puesto que la anomalía estaba dentro del margen de error, pensé en obviarla; pero mis obsesiones perfeccionistas me llevaron a aplicar el protocolo Kundera, un modelo complejo de control de nanoecuaciones. El resultado me dejó atónito: desde cinco años atrás, una discrepancia espectral, al sobrevalorar sistemáticamente los multiplicadores compuestos, deparaba miles de millones, en utilidades indebidas, a los proveedores privados de esos servicios públicos.

De algo estaba seguro: no se trataba de un error atribuible a una contingencia, sino de una alteración deliberada de los programas, posible únicamente con la colaboración de altas autoridades de la Contraloría y de ejecutivos de las corporaciones. Con la carga de este conocimiento, me fui de fin de semana con vos, y no te dije nada hasta el domingo en la noche, cuando veníamos de vuelta.

—Si ya decidiste que vas a denunciar esto, ¿por qué no lo hacés anónimamente?

—No vale la pena. En este país, todo se sabe. Prefiero dar la cara desde el inicio.

—Eso no es muy inteligente. Te la van a despedazar.

El último tramo del camino lo recorrimos en silencio. Estacionaste el auto frente a mi edificio de apartamentos y esperaste a que bajara. Abrí la puerta y, antes que pudiera poner un pie en el pavimento, me abrazaste con todas tus fuerzas y me besaste en la boca. Te iba a decir que te quedarías conmigo esa noche, pero te adelantaste a definir tu posición:

—Si el asunto se complica, como sospecho que ocurrirá, no contés conmigo.

Tus temores no eran infundados. El martes siguiente, en la tarde, entregué a mis superiores un extenso informe acer-

ca de la alteración de las tarifas. Su intención de engavetarlo y olvidarlo fue debidamente contrarrestada porque, en previsión de que algo así ocurriera, envié copia a distintos medios de comunicación. El escándalo provocó una profunda crisis política, la cual pronto me afectó a mí también. Aparte de amenazas de muerte, gente a sueldo de las corporaciones investigó mi vida privada con el fin de exponer, de modo magnificado, esas pequeñas mezquindades que son inherentes a la condición humana. Psicólogos y psiquiatras mercenarios se valieron de mis divorcios para patologizarme, y un diputado, célebre por sus tácticas intimidatorias, afirmó que mi denuncia fue motivada por intereses electorales y exigió que se revisaran mis modestas finanzas. Pese a que no aportaron evidencia alguna, tales ataques me forzaron a solicitar un retiro anticipado, con las pérdidas correspondientes en el monto de mi pensión. Amigos y conocidos, preocupados porque el proceso los afectara, se distanciaron rápidamente.

Cinco años después de esa experiencia, habito —como antes de conocerte— en las márgenes de la vida. En las mañanas, salgo a caminar temprano, después del desayuno. Regreso antes del mediodía y almuerzo exactamente a la una de la tarde. Luego, leo los periódicos digitales, ceno frugalmente alrededor de las ocho de la noche, y termino con las noticias de las nueve. A veces, mi bello Sergio, vislumbro una fugaz imagen de tu rostro antes de despertar. La sonrisa posterior me dura hasta que comienzo a afeitarme.

MORPHO

F abían activó el procedimiento de inserción y, en un instante, todo era diferente: aunque su cuerpo permanecía sentado detrás de su escritorio, su mente acababa de ser desplazada a la pantalla bioplasmática que cubría una de las paredes de su oficina. La película estaba a punto de comenzar. Autorizó el inicio y sus sentidos se desprendieron, casi de inmediato, del espacio insonorizado y climatizado en que se hallaba físicamente y empezó a descifrar los aromas, colores, sonidos y movimientos del filme del que ahora era espectador-participante.

Se encontraba de pie, en una esquina y miraba fijamente al otro lado de la calle. En unos minutos, Pamela saldría de la clínica de estética. Se sentía exhausto y ansioso, a la vez. Sudaba un poco, pese a que un viento frío, propio de una tarde de diciembre, corría incansable entre los edificios. Un breve e intenso dolor en el estómago le recordó su condición. Padecía una enfermedad terminal, por lo que en dos semanas se sometería a una eutanasia. No temía morir. Próximo a cumplir los 79 años, estaba bastante satisfecho con su vida, y con razón. Era uno de los fundadores de Intelligent Design, una exitosa empresa asentada en la Península de Osa y dedicada a confeccionar insectos genéticamente modificados, especializados en el control de plagas agrícolas, destrucción de desechos industriales y descontaminación.

El producto principal de la corporación eran las mariposas, de todos tamaños y colores, diseñadas para purificar la atmósfera de las ciudades terrestres; una vez finalizado su ciclo de vida, se desintegraban al convertirse en aire. El poético quehacer de estos insectos fue la base para que la empresa incursionara en la fabricación de juguetes, libros de cuentos, videojuegos, series de televisión, películas y canciones, cuya figura estelar era “Fuga la oruga”, una simpática larva azul. Las elevadísimas utilidades logradas convirtieron a la compañía de Fabián en una de las más poderosas transnacionales del planeta. El auge experimentado por las colonias en la Luna y en Marte, después del 2060, expandió todavía más la demanda, con lo que las acciones de Intelligent Design alcanzaron cotizaciones sin precedente.

Impulsada por la extraordinaria biodiversidad de Osa, la empresa, fundada en el 2045, creció de modo vertiginoso. El éxito fue el resultado de una estratégica combinación: la preparación científica de Fabián —un ingeniero genético con estudios en Estados Unidos, Japón y Brasil— y la visión de su amigo de infancia y socio, Alejandro Solís, un astuto abogado y economista, especializado en patentar y comercializar las nuevas formas de vida. La tercera persona que colaboró decisivamente en la etapa inicial de la futura corporación fue Pamela Ortiz, cuya formación en comunicación, arte gráfico y publicidad resultó esencial para promover la aceptación masiva de los insectos. Sus inspiradas imágenes de ciudades felices, cubiertas por un cielo brillantemente azul y surcado por miles de mariposas, fascinaron a políticos, ecologistas, artistas e intelectuales.

Los tres socios, provenientes de familias costarricenses acomodadas, no enfrentaron demasiadas dificultades para conseguir los fondos necesarios para comprar una pequeña finca en el Pacífico sur de Costa Rica, construir y equipar unas instalaciones básicas y contratar el personal indispensable. Las utilidades alcanzadas en los primeros doce meses

de operaciones fueron tan altas que, aparte de cancelar las deudas pendientes, pudieron empezar a expandirse. Los infaltables aduladores del éxito empresarial pronto comenzaron a saludar a la compañía como el eje de un nuevo imperio, cuya consolidación avanzó a paso firme en las bolsas de valores.

*

Fue en una fiesta, en casa de Alejandro, que Fabián conoció a Pamela. En el 2042, él tenía 28 y ella 24 años. La atracción mutua fue tan fuerte que se casaron tres meses después y, tras la luna de miel, se dedicaron casi exclusivamente a organizar la futura empresa. A finales del 2046, cuando apenas empezaban a asimilar el paso de una compañía familiar a una corporación, su esposa le comunicó que estaba embarazada. Por unos segundos, permaneció inmóvil y en silencio; después, la abrazó y la besó, aseguró sentirse muy feliz e, incluso, llamó a familiares y amigos para invitarlos a celebrar el domingo próximo.

Esa noche, mientras Pamela dormía apaciblemente, Fabián decidió que, con el fin de no despertar sospechas, lo más conveniente era dar tiempo antes de mandar a matarla. Por lo pronto, se esforzaría por ser el marido cariñoso y atento de siempre. Todo tenía que ver con “Morpho”, un proyecto iniciado tres meses atrás para mejorar la arquitectura genética de la nueva generación de mariposas. La meta era duplicar su capacidad descontaminar el aire. Resuelto a concentrar su atención en tan compleja tarea, que se extendería por lo menos por año y medio, se aplicó —sin que su esposa se enterara— un anticonceptivo de efecto prolongado.

Sin mucho esfuerzo se convenció de que no valía la pena preguntarse quién era el padre del bebé. ¿Alguno de sus viejos amores universitarios? ¿El instructor de yoga, el de aeróbicos o el de natación? ¿Uno de los jóvenes de la división de Artes Gráficas? ¿Tal vez simplemente un tipo que conoció en el ciberespacio? Le inquietaba un poco más que

Pamela se hubiera enamorado y decidiera iniciar un divorcio; pero confiaba en que su profundo interés en que la empresa se transformara en una corporación la disuadiera de orientarse por ese rumbo. Tal presunción fue acertada y, nueve meses después, Fabián se mostró como el orgulloso y feliz padre de Ericka, una niña blanca y de ojos celestes como él (aunque con un ADN distinto, lo cual comprobó al realizar, en secreto, el examen correspondiente).

La espera fue larga; sin embargo, Fabián sabía ser paciente y metódico, por lo que desempeñaba, a la perfección, el papel de esposo y padre ejemplar. El 18 de noviembre del 2049 salió al balcón de su oficina, en Osa. El atardecer se aproximaba a su fin y, a lo lejos, el mar parecía indiferente a los saltos con que las ballenas jorobadas despedían a los últimos rayos solares. Se acercó a la barandilla y contempló los extensos mariposarios que interrumpían, aquí y allá, los verdes profundos de la selva. Después de unos minutos, activó su videófono, digitó un código de seguridad que evitaría que la información que iba a transmitir pudiera ser rastreada o recuperada, y escribió: “Off”.

*

En el 2059, la industria cinematográfica experimentó uno de sus avances más espectaculares, al incorporar una tecnología que permitía a los espectadores insertarse en los filmes y participar activamente en las distintas escenas, de manera que la película podía ser modificada, cuantas veces fuera preciso, según el gusto individual de cada consumidor. El “nuevo cine”, al inicio limitado a los sectores más acomodados, pronto se popularizó, y los pobres de todo el planeta se dieron el lujo de experimentar –virtualmente– aventuras extremas, visitar los parajes más exclusivos del planeta y acostarse con los actores y actrices de moda.

Aunque todas las filmaciones realizadas antes del 2059 podían ser configuradas para la inserción de espectadores-participantes, para estos era imposible, debido a limitaciones

estructurales del código fuente, modificar el contenido. Pese a que los altos ejecutivos temieron que esa restricción afectaría la venta de tales productos, no fue así. Miles de millones de personas estaban dispuestas a comprarlos simplemente por acompañar en su despedida a Humphrey Bogart e Ingrid Bergman en *Casablanca*, por observar de cerca el asesinato de J. F. Kennedy o por vivir el terremoto que destruyó el 30 por ciento de Tokio en el 2033. Era lo más parecido a viajar al pasado.

Desde que la nueva tecnología fue dada a conocer, un proyecto empezó a capturar la imaginación de Fabián, pero siempre tendía a posponerlo; únicamente se decidió a llevarlo a la práctica después de que fijó la fecha para su eutanasia. Sin consultarlo con nadie, se valió de un contacto estratégico en la Corte Suprema de Justicia para que uno de los administradores del archivo digital de esa institución localizara todas las grabaciones realizadas, entre las 4:30 y las 5 de la tarde del 12 de diciembre del 2049, por las cámaras de seguridad ubicadas al costado sur de la Catedral de San José (el área, abandonada por muchos años, empezaba a concentrar, gracias a las nuevas políticas de recuperación urbana, locales comerciales, bufetes y consultorios dirigidos a una clientela muy exclusiva). Una vez recibidas las copias de esos materiales, contrató a una sofisticada empresa de metacineematografía para que —de acuerdo con sus instrucciones— produjera un filme, de unos veinte minutos de duración, en el cual él pudiera insertarse.

*

La calidad de la película era extraordinaria. Se sentía, verdaderamente, en el San José de casi cuarenta y cinco años atrás. Sin dificultad, se acostumbró rápidamente a la luz, a los sonidos y al olor sulfuroso del aire (a la espera, en un futuro próximo, de ser purificado por las mariposas de su corporación). Adornos y música de Navidad atrajeron su atención por un instante; pero disciplinadamente se concen-

tró en el asunto que le interesaba. Sabía dónde buscar y allí la encontró.

Al observarla, una sensación, que no pudo identificar, se abrió paso en él. Pamela se veía radiante, feliz y despreocupada. Se despidió de alguien que le sonreía desde el pequeño vestíbulo de la clínica. Caminó al auto y, al abrir la puerta, de alguna parte se acercó un individuo con la cabeza cubierta por un casco oscuro, le disparó varias veces, tomó su bolso y se subió a una motocicleta que —conducida por un cómplice— escapó ágilmente a toda velocidad, entre el laberinto de autos y peatones. Fabián evocó, fugazmente, los titulares de las noticias de esa tarde y noche: “Dos ladrones acribillaron a exitosa empresaria”, “Los otros socios de Intelligent Design estaban en una reunión cuando ocurrió el trágico suceso”, “Un esposo inconsolable y una pequeña de dos años sobreviven a la víctima”, “La policía no tiene pistas de los asaltantes”, “Murió instantáneamente: el primer disparo impactó el corazón”.

Contempló el cuerpo caído, boca arriba, el rostro en el que parecía persistir un gesto de asombro, y la sangre que descendía de la acera y empezaba a acumularse en la cuneta. Por su mirada desfilaron las caras de desconcierto de la multitud, que tendía a aglomerarse, a la vez que prestaba atención a los gritos y al llanto de algunos, y a la urgencia de las sirenas, todavía lejanas. Se acercó y se fijó en pequeños detalles de la escena del crimen en los que aún no había reparado: el reloj a medio desprender de la muñeca de Pamela, sus exclusivos anteojos de sol cerca de una de las llantas de adelante y su pelo suavemente agitado por el viento. Antes de dar por terminada la inserción y retornar a su oficina con vista al océano, pensó:

“Fue más rápido de lo que imaginé”.

COSTARRICENSE INTERINO

Vea, don Carlos, yo apenas si pude terminar quinto año de colegio antes de ponerme a trabajar. Un primo me ayudó a conseguir una plaza de misceláneo en un almacén de electrodomésticos, y en eso se me ha ido la vida. Soy el de todos los mandados, al que llaman para limpiar aquí o para ayudar allá, el que siempre está dispuesto –con una sonrisa a flor de labios– a bajar o subir mercadería. Tal vez le parezca que una existencia así es triste y frustrante, pero uno tiene que ser agradecido. ¿Cuántos hay que no tienen nada y se les ve inclinados sobre los basureros en procura de un bocado para engañar al estómago, dormidos en las aceras, cubiertos por cartones y con los ojos febriles por el consumo inmoderado de alcohol y drogas?

Ciertamente, mis quehaceres no son tan importantes como los de un médico o un abogado, o los de un investigador tan reconocido como usted; pero me considero una parte, aunque mínima, indispensable de la maquinaria comercial. Como tres veces al día, alquilo un apartamento al que vuelvo satisfecho todas las noches, duermo en una cama confortable y, de vez en cuando, me permito algunos pequeños lujos: unas sardinitas los fines de semana, descargas de libros y de canciones digitales (porque leer y escuchar música son dos de mis pasatiempos preferidos), observar un partido de fútbol de segunda división, practicar aeróbicos en el

micro-gimnasio del condominio y alguna que otra salida con una damita de compañía.

Y ahora paso a lo que a usted le interesa. Por lo poco que sé, mis ancestros eran colombianos y hondureños; sin embargo, cuando en el 2045 las nacionalidades fueron privatizadas, mis abuelos paternos y maternos quedaron en la condición de indocumentados. Perdieron sus derechos civiles y sociales y, con el paso de los años y las múltiples obligaciones familiares que debían atender, se acostumbraron a esa condición. Mi papá sí se preocupó por volver a adquirir la ciudadanía, pero nunca tuvo la capacidad financiera suficiente que le permitiera calificar para un programa de crédito a largo plazo, ni siquiera para optar por una identidad etíope, haitiana o iraquí, que son las más cómodas que ofrece el mercado.

A diferencia de esas personas que levantan la bandera de los derechos humanos para promover la derogatoria de la privatización, opino que en este mundo nada tiene por qué ser gratis. Considero que sería una verdadera injusticia que la nacionalidad, como ocurría antes, fuera una simple derivación de nacer en un territorio determinado. Como toda mercancía, debe estar sometida a las leyes de la oferta y la demanda. Sé que usted no comparte mi punto de vista, pero a las pruebas me remito: desde que la ciudadanía es un bien que se transa en las bolsas mundiales, ¿acaso no hay una mayor conciencia, entre sus poseedores, acerca de sus deberes civiles?

Influenciado por la fallida experiencia de mi padre, la cual no quería repetir, desde muy joven comencé a ahorrar para comprar mi nacionalidad y, al llegar a los treinta años, tenía lo suficiente para una prima. Eso fue en el 2097. Contaba con los recursos suficientes para aplicar por una identidad nicaragüense o paraguaya, y ya casi me decidía por esta última, cuando, de manera completamente inesperada, el Registro Civil, en alianza con algunos de los principales

bancos, organizaron la primera feria de rebajas. Todavía recuerdo los anuncios: “Aproveche, este es el momento para convertirse en un compatriota de George Washington y Benjamín Franklin”, “¿No le gustaría pertenecer al país que mira al resto del mundo desde lo alto de la Tour Eiffel?”, “Imagine la distinción que le daría viajar por todo el planeta con un pasaporte británico”.

Evidentemente, mis modestos fondos no me permitían comprar una nacionalidad de clasificación A Plus, pero con un préstamo adicional y la venta de mi motoplasma, reuní lo necesario para aplicar por una ciudadanía costarricense, que es de categoría B minus. El plan que compré, a veinte años plazo, suponía que, una vez abonado el 60 por ciento del total, podría solicitar una identidad interina y, llegado el momento, así lo hice. Me presenté al Registro Civil, con todas las certificaciones del caso, acompañadas por los timbres inevitables, y me inscribí para el examen de conocimientos básicos sobre Costa Rica, que incluye expresiones típicas, generalidades de índole cultural e historia.

Hay personas a las que les gusta presumir que obtuvieron calificaciones excelentes en una prueba para la cual empezaron a estudiar apenas un par de horas antes. Yo no soy así. Creo en el esfuerzo, por eso, me preparé a conciencia. Empecé por conseguir la última edición de la *Enciclopedia de costarriqueñismos*, elaborada por el prestigioso lingüista George Sham; los *Usos y maneras del costarricense*, del antropólogo de lo cotidiano Santiago Sagot; y *Costa Rica: una breve historia patria* de Vargas y Quesada. Al principio, creí que bastaría con dedicarle las noches y fines de semana a la revisión de esos materiales, pero pronto me di cuenta de que necesitaba más tiempo, por lo que tomé vacaciones.

El día del examen, me presenté a la hora convenida, completamente tranquilo y seguro de mis conocimientos. Terminé unos quince minutos antes que se venciera el térmi-

no de que disponía y alcancé una nota de nueve de un posible diez. Se preguntará en qué fallé. Con gusto se lo digo. No respondí adecuadamente las preguntas sobre el origen de la palabra “mae” y de la expresión “pura vida”; afirmé que el “gallo pinto” era un plato que incluía tortillas y pollo cuando lo que contenía era principalmente arroz y frijoles; y confundí a Óscar Arias (“el héroe de la paz”) con Juan Rafael Mora (“el padre de la democracia”).

Todo lo demás lo contesté a la perfección, incluidos dos difíciles temas que debí analizar en ensayos de doscientas palabras cada uno: la base genética de la excepcionalidad costarricense y las razones por las cuales, al final del período colonial, Costa Rica era socialmente igualitaria. Con precisión indiqué que, desde el siglo XVI, el país, entonces habitado por unas pocas y dispersas tribus de indígenas nómadas, empezó a ser poblado por inmigrantes gallegos, laboriosos y pacíficos, quienes se dedicaron a cultivar la tierra con sus propias manos. Preocupados por acrecentar sus haciendas, hicieron del respeto a los derechos de los demás una norma de vida, con lo que sentaron las bases fundamentales de la democracia.

Como ve, don Carlos, lo que bien se aprende nunca se olvida. En fin, cumplidos todos los requisitos y finalizados los trámites correspondientes, a los días me llegó por correo mi cédula de identidad, en la que consta que soy un costarricense interino. Quiere saber usted si me he sentido incómodo o molesto por estar en esa condición, y la verdad es que no. Me parece conveniente que todas las personas que adquirimos la nacionalidad a plazos pasemos por un período de prueba de tres años, en los cuales debemos cumplir puntualmente con el pago de nuestros impuestos y demostrar, en todo sentido, un comportamiento ejemplar.

Si todo sale de la manera prevista, en unos meses seré un costarricense en propiedad y, entonces, podré votar en las elecciones, inscribirme en planes de seguro médico y de

pensiones y tendré todos los derechos que supone la ciudadanía básica. Se me había olvidado contarle un detalle muy simpático. La nacionalidad que compré incluía una promoción adicional, la cual se hará efectiva una vez concluido mi interinazgo. ¿Adivine de qué se trata? ¿No se atreve? Se lo diré en pocas palabras: mi nueva y definitiva cédula de identidad vendrá con una clave que me permitirá optar por ser fanático oficial de uno de los dos principales equipos de fútbol de Costa Rica. Y este es el grave predicamento en que me encuentro ahora. No se sonría, don Carlos. La escogencia parece fácil, pero mi corazón está profundamente dividido.

VENUS DESCENDE

Durante mis investigaciones sobre la educación costarricense del período 1850-1950, un documento muy particular –fechado el 12 de mayo de 1911– llamó mi atención. Se trataba de una queja, dirigida al Secretario de Instrucción Pública, por Francisco Peralta, un próspero comerciante de Cartago, ex diputado y colaborador del semanario *El Eco Católico*. El denunciante, con trazo firme y distinguido, expresaba su

“...profunda indignación porque el señor profesor don Isidro Castro [a cargo de la clase de Ciencias en el Colegio San Luis Gonzaga] designó a mi hijo José para que exponga ante sus compañeros sobre la posibilidad de que seres vivos habiten en otros planetas. Con estas fantasías contrarias a las enseñanzas de la Santa Iglesia, la juventud estudiosa arriesga a perder el rumbo de la verdadera Ilustración y precipitarse en los odiosos abismos de la imaginación sin fe...”

Intenté localizar más información relacionada con el caso, en particular la respuesta del Secretario (Peralta solicitaba que el profesor fuera amonestado y que, si reincidía, se le despidiera); pero mi búsqueda fue infructuosa. Decidí, por tanto, modificar el eje de mi investigación y concentrarme

en Castro. ¿Quién era este individuo que, medio siglo antes que la fiebre de los OVNIS llevara a las aulas costarricenses la cuestión de la vida extraterrestre, se atrevió a discutir ese tema, potencialmente escandaloso, con sus alumnos? ¿Cómo fue que un docente que laboraba en un conservador colegio de provincia se interesó por un asunto tan distante de su experiencia cotidiana?

*

De acuerdo con las boletas originales de los censos de 1892 y 1905, Isidro fue el tercero y último hijo de Tomás Castro y Etelvina Pérez. Había nacido el 20 de marzo de 1883 y tenía dos hermanas mayores, Carmen y María, casadas con influyentes y acaudalados exportadores de café. Como único descendiente varón, su padre, un prominente abogado de San José, albergaba la esperanza de que siguiera la carrera de leyes y, a futuro, incursionara en la política; pero el joven tenía otros planes: deseaba estudiar medicina. Puesto que la familia disponía de los recursos suficientes, a mediados de agosto de 1905 viajó a Suiza a cumplir su sueño.

Fascinado por los nuevos descubrimientos científicos y por la lectura de las novelas de Julio Verne y H. G. Wells, Isidro –según lo que relató en una carta dirigida a su primo y confidente, Teófilo Guardia– pronto desertó de la carrera médica y se dedicó a llevar cursos diversos de química, biología, física y astronomía. Pudo ocultar ese “ajuste curricular” por casi un año: a finales de 1906, uno de sus cuñados, que lo visitó de improviso, se percató de lo que ocurría e informó a la familia. Decepcionado y profundamente molesto, Tomás obligó a su hijo a regresar. El joven, falto de apoyo económico, se resignó a volver, pero no aceptó lo que le ofrecía su progenitor: laborar de escribiente en el bufete e iniciar los estudios de derecho. Con la ayuda de uno de sus tíos, que era diputado, consiguió que lo designaran profesor adjunto de ciencias en el Liceo de Heredia (anteriormente llamado Colegio San Agustín).

La llegada a ese centro educativo, entonces dirigido por el extraordinario poeta modernista Roberto Brenes Mesén, coincidió con el inicio de uno de los principales conflictos culturales que experimentó Costa Rica en el siglo XX. En abril de 1907, los sacerdotes heredianos denunciaron públicamente que, en el Liceo, se exponía la teoría de la evolución, se procuraba descristianizar a los alumnos y se predicaba a favor del amor libre. De tales acusaciones, únicamente la primera era cierta; sin embargo, la confrontación entre católicos y cuerpo docente, en la prensa y en las calles, se intensificó a tal extremo que Isidro, defensor ardiente de una enseñanza completamente laica, fue atacado por desconocidos la tarde de un viernes, al disponerse a tomar el tren a San José, donde pasaría el fin de semana.

Recuperado de sus lesiones, fue trasladado, por orden del Subsecretario de Instrucción Pública, al Colegio San Luis Gonzaga, con el fin de prevenir nuevos ataques. Precedido por la fama de impío y provocador, los cartagineses recibieron a Isidro con amplia desconfianza y, en el periódico local, *El Faro del Irazú*, algunas personas y organizaciones publicaron protestas y auguraron sombríos días para los alumnos y sus padres. Los temores resultaron infundados: decidido a no exponerse otra vez a una experiencia tan difícil como la herediana, el nuevo profesor se esforzó por disipar la mala voluntad existente, a lo que contribuyó su matrimonio con Adela Bonilla, perteneciente a una respetable, aunque no muy acomodada, familia de Cartago.

Excepto por la queja de Peralta, Isidro parece haber tenido una vida tranquila en Cartago. En 1925 retornó a San José, al aceptar un puesto en el prestigioso Colegio Superior de Señoritas, del que se graduaron sus dos hijas. Finalizó su carrera docente en la Universidad de Costa Rica, a la que se incorporó poco después de su apertura (1941), como profesor de la Facultad de Ciencias y Letras. Partidario entusiasta del presidente Rafael Ángel Calderón Guardia, cuyo gobier-

no (1940-1944) impulsó una de las reformas sociales más importantes de América Latina, falleció de un infarto en 1946, el mismo año en que la política costarricense inició un proceso sostenido de polarización que culminó en la guerra civil de 1948.

Detalladamente documentado, el caso de Isidro podía ser la base para un interesante estudio sobre la enseñanza de la ciencia en el país y su repercusión social. Consideraba la posibilidad de empezar a elaborar un texto acerca de este tema cuando un feliz accidente me llevó por una dirección inesperada. Casi diez meses después de que la queja de Peralta capturara mi imaginación, tuve que participar —en sustitución del moderador, que se excusó por padecer un fuerte resfrío— en una conferencia acerca de la alfabetización urbana y rural en Centroamérica. Al finalizar la actividad, una ex alumna, directora de una importante institución cultural, se acercó para invitarme a conocer una colección, recién adquirida por la entidad a su cargo, compuesta por fotos, periódicos, folletos, revistas y documentos correspondientes a los años 1880-1914.

Acepté encantado y, efectivamente, a los días fui a revisar los materiales. Algunos ya los conocía, pero los demás eran verdaderas joyas: todos los números de *El Defensor de la Democracia*, el periódico que más ampliamente informó sobre la campaña electoral de 1889; un sorprendente álbum de dibujos satíricos que, aunque sin firma, parecían ser obra del célebre artista José María Figueroa; fotografías inéditas de la captura del temido bandolero Pilar Jiménez; cartas escandalosas escritas por un espía a sueldo del gobierno infiltrado en las organizaciones de artesanos y obreros; los opúsculos apócrifos del clero de San José a favor de la expulsión de los jesuitas; y revistas que, por circular efímeramente, cayeron en el más completo olvido.

Cautivado por tanto tesoro, que prometía modificar decisivamente el conocimiento que se tenía de la Costa Rica

de finales del siglo XIX e inicios del XX, no sabía en qué concentrar la mirada. Súbitamente, contuve la respiración por unos segundos: al abrir un modesto folleto de unas treinta páginas, impreso en Cartago –en el taller de la familia Gutiérrez– y fechado en 1910, tropecé con una novela corta, titulada *Venus descende*, escrita por ISCAPE. El pseudónimo no era desconocido para mí: Isidro lo utilizó para firmar las defensas de la educación laica que publicó en los periódicos durante el conflicto de 1907.

*

Inspirada indudablemente por *The War of the Worlds*, de Wells, y quizá también por los *Romances of the Planets*, de Gustavus Pope, Isidro organizó la novela en seis capítulos. El primero empezaba con una extraordinaria explosión que, en la madrugada del 29 de septiembre de 1909, despertaba a los cartagineses. Alarmados, los vecinos descubrían, cerca de la cumbre del volcán Irazú, enormes llamas que, a raíz de la persistente lluvia que acompañó al alba, fueron sustituidas por una columna de humo cobrizo. Decididas a averiguar qué produjo el incendio, las autoridades civiles y militares organizaron una expedición, compuesta por diez soldados, un médico un ingeniero, un periodista y el capitán Moya.

Prácticamente todo el capítulo segundo consistía en una descripción, muy detallada, del ascenso al volcán. En el trayecto, los cuatro personajes principales –caracterizados por su valentía, inteligencia, conocimientos científicos y liderazgo– especulaban sobre el origen del fenómeno. ¿Se trataba de una erupción del Irazú, del estallido de una destilería de licor clandestino o, acaso, de la caída de un meteorito o de un fragmento desprendido del cometa Halley, cuya aproximación al planeta era ya un tema usual en los periódicos? La interesante conversación tuvo un final abrupto: al doblar un recodo, se ofreció a la vista de los expedicionarios una ladera arrasada y, en el fondo de un barranco, los restos de algo que se asemejaba a un buque.

Seguro del suspenso que dominaba la última escena, Isidro inició el capítulo tercero con una poética semblanza de Maximina Giral, la inteligente, bella y virtuosa prometida del reconocido médico Alejandro Incer. Al término del día, se preparaba la joven para asistir a la misa convocada en la parroquia principal de Cartago para orar por el destacamento que se encontraba en el Irazú, cuando un creciente bullicio la inquietó. Impulsada por una fuerza desconocida corrió a la alcoba de sus padres, ubicada en el otro extremo de la casa, y salió al balcón. En las faldas del volcán, cerca de la cumbre, diminutos y breves resplandores interrumpían la inminencia de la noche. “Parece una batalla”, dijo sin inmutarse su abuelo materno, el coronel Bertora, veterano de la guerra de 1856-1857.

Cautelosos y en silencio, los líderes de la expedición, en el capítulo cuarto, examinaron lo que quedaba del vehículo, el cual—según sus cálculos—debió medir unas noventa varas de largo por doce de ancho. Nada de lo que veían les era familiar. El ingeniero Fernández expresó en voz alta la pregunta dominante en las mentes de sus compañeros: “¿Será una nave de otro planeta?” La respuesta vino en la forma de un leve quejido. Debajo de unos escombros, agonizaba una criatura extraña, enfundada en un traje oscuro. Las extremidades inferiores y superiores eran largas y delgadas, y un tronco muy pequeño y casi sin cuello sostenía una cabeza enorme y redonda. Carecía de frente, barbilla y orejas, los ojos estaban excesivamente separados y, encima de una boca sin labios, se expandía y constreñía un orificio respiratorio. Tenía incrustado un trozo de metal en el vientre, del que fluía un líquido amarillo. El doctor Incer se inclinó para examinar la herida; en ese instante, un soldado cayó al suelo con el pecho perforado por un rayo rojo y el capitán Moya gritó: “cúbranse”.

Venus fue imaginado, en el capítulo quinto, como un planeta de agitados océanos, sin continentes y con miles de

islas de desigual tamaño y concentradas en el ecuador. El espectacular avance tecnológico logrado por los habitantes exigía recursos crecientes, que la limitada superficie insular era incapaz de proporcionar. Al agravarse el desequilibrio, los diputados y senadores votaron por conquistar la Tierra y exterminar a sus pobladores, considerados una raza inferior por su egoísmo, supersticiones y crueldad. La expansión tendría dos fases: una exploratoria, dirigida a identificar las áreas y sectores más vulnerables, y otra de ataque directo.

Las primeras tres páginas del capítulo sexto fueron ampliamente mutiladas; de lo poco que quedó, se deduce que Isidro las dedicó a relatar el feroz enfrentamiento entre cartagineses y venusianos. La victoria fue para los primeros, con un saldo de dos muertos y tres heridos. Los expedicionarios fueron recibidos como héroes por sus vecinos y, entre misas y desfiles, Cartago concentró la atención mundial (de la que no escapó la esperada boda del doctor Incer con Maximina). Cientos de líderes políticos, militares y científicos visitaron las instalaciones construidas para albergar los restos de la nave y de su tripulación –debidamente preservados– con el fin de estudiarlos y prepararse para enfrentar la amenaza procedente del espacio exterior.

*

¿Por qué la novela de Isidro, pese a constituir un brillante aporte a la temprana literatura costarricense –y a la ciencia ficción de inicios del siglo XX en América Latina– fue completamente olvidada? La explicación quizá esté en un suceso desafortunado. La revista semanal *Vanguardia Arielista*, publicada en San José, informó en su edición del 29 de abril de 1910 que pronto empezaría a circular una “obra sorprendente, escrita por el joven y erudito profesor Pérez Calderón”. De ser exacto tal dato, la etapa final de impresión y encuadernación de *Venus descende* coincidió con el terremoto que, al caer la noche del cuatro de mayo, destruyó la ciudad de Cartago. El taller de Gutiérrez, que resultó muy

afectado por el sismo, fue posteriormente reducido a cenizas por un voraz incendio.

Dado que en esa época no existían verdaderas editoriales en Costa Rica y los escritores debían cancelar de antemano la impresión de sus textos, es verosímil que para Isidro el proyecto de publicar esa novela se convirtiera en un desastre financiero. Las llamas, si las suposiciones expuestas tienen validez, habrían devorado los ejemplares ya listos o en vías de encuadernación, excepto —quizá— unos pocos que le fueron adelantados al autor o escaparon del fuego. Las copias que sobrevivieron difícilmente pudieron atraer el interés de la opinión pública, dominada por el debate acerca de cómo superar una tragedia tan devastadora.

La penúltima página de *Venus desciende* contenía una foto de Isidro (muy serio y con un tupido bigote), algunos datos biográficos, y la siguiente información que, sin duda, será un estímulo para futuras investigaciones:

“El joven Castro Pérez es autor de varios relatos fantásticos-científicos, de los cuales los más conocidos en el país y fuera de él son ‘El circo de Marte’, ‘Final de luz’ y ‘La mujer metálica’. Actualmente termina una nueva novela, cuyo título provisional promete tardes de delicioso y sano esparcimiento: *De San José al Chirripó en globo*”.

SOY LA DE LA FOTO

Tenía veintiún años cuando me gradué de abogado y me incorporé al bufete de mi tío Alfonso, especializado en asesorar legalmente a las empresas de tecnología espacial interesadas en establecerse en Guanacaste. Casi tres semanas después de iniciar mi práctica profesional, me contactó Ivette Cordero, una ex novia y colega, que laboraba en una organización internacional de defensa de los derechos humanos. Acababa de sufrir un accidente automovilístico, a raíz del cual se fracturó un brazo y una pierna, por lo que debía permanecer incapacitada por unos dos meses. Dado que todavía albergaba la esperanza de ser algo más que un recuerdo en su memoria, su llamada me alegró, pese a las circunstancias.

—Georgito, mi vida, necesito que me hagás un favor enorme.

—Lo que sea, preciosa.

—Tengo una apelación que se verá el próximo lunes. Es un caso sencillísimo. Alguien tan inteligente como vos no tiene ni que prepararse para ganarlo.

—¿En tan alto concepto me tenés todavía?

—De ese pedestal jamás te he bajado, corazón.

La sospechosa mezcla de elogios y afectos activó mis alarmas cerebrales. Con insistencia, la voz de la razón empezó a aconsejarme que procediera cautelosamente cuando, de

manera inesperada, Ivette atacó por el flanco que tenía descubierto:

—¿Por qué no venís a almorzar el domingo? Mami estará encantada de verte. Siempre me pregunta por vos.

—¿A la una de la tarde?

—Perfecto.

—Mándame el expediente.

—Ya te lo envié.

Y así fue como el camino quedó preparado para que Yahaira Tijerino Vigil entrara en mi vida y el adjetivo yahairesco pasara a formar parte, para siempre, de mi vocabulario básico.

*

Al día siguiente, en la mañana, estaba en una importante reunión con todos los socios del bufete y un grupo de circunspectos inversionistas japoneses y alemanes; de pronto, un perturbador escándalo nos interrumpió. Alcancé a escuchar algo así como “No señora, no puede” y, en respuesta, un sonoro “Dejate de chochadas”. Pálida y muy seria, la secretaria personal de mi tío, que acababa de responder una discreta llamada, se acercó a su jefe y le susurró algo al oído. Me miró estupefacto y, con una voz en la que cada sílaba era tan cortante como un puñal, me dijo:

—George, afuera hay una señora que insiste en verte.

—Iré a ver. Ya regreso.

Con una calma fingida, dejé la sala de juntas y después, en menos de quince segundos, bajé dos pisos y llegué a la puerta principal del edificio, donde dos guardas tenían sujeta a una mujer. Era de pequeña estatura, descomunamente obesa, de piel oscura, con una verruga en mitad de la frente, los ojos desigualmente achinados, la nariz achatada y la boca ligeramente torcida. Vestida con una enagua estampada, muy corta, su voluminoso estómago —en torno del cual llevaba algo que parecía una faltriquera— era dejado al descubierto por una miniseta verde en la que se leía “Justice for

the People” y, a la par, el logo de la organización en que laboraba Ivette. Calzaba chancas azules de plástico endurecido. Al verme me gritó:

–¿Sos Georgito?

Asentí vacilantemente.

–Mirá, amorcito, decile a estos chigüines que me suelen, que vengo a hablar con vos de la apelación.

Indiqué a los guardias que se retiraran e inmediatamente me tomó del brazo e ingresó conmigo al edificio. Traté de explicarle que me encontraba en una importantísima reunión de negocios, pero no me prestó atención, ni me hizo caso al suplicarle que bajara la voz. Todas las personas presentes, incluidos los socios y los inversionistas, dejaron sus asientos y ocupaciones para conocer quién era esa mujer que se quejaba de la enorme injusticia de que había sido víctima, mientras me agradecía por ayudarla y repetía los excesivos elogios con que Ivette se refería a mí. Al caminar, sus chancas le arrancaban un doloroso clap, clap, clap a la exclusiva cerámica italiana del piso. Pensé “trágame tierra” y, al alzar la mirada, descubrí en el rostro de mi tío, que me contemplaba con el ceño fruncido y al borde de un colapso, que él sería feliz si eso pasara.

Duramos casi un siglo en llegar a mi oficina y, tras cerrar la puerta, me apresuré a insonorizarla. Se sentó sin esperar la invitación correspondiente y, por la posición que adoptó, resultó evidente el hilo dental rojo que utilizaba como ropa interior. Intenté disculparme por no haber podido revisar todavía los documentos de la apelación, pero Yahaira me interrumpió al colocar, sobre mi escritorio, una foto que extrajo de la faltriquera. La mujer que contemplé, con el espectacular paisaje de la nueva laguna del volcán Poás al fondo, era alta, blanca, de cabello rubio, ojos azules y rostro afinado.

–Aquí estoy como yo era –me explicó Yahaira (al ponerse de pie e inclinarse hacia mí, me regaló una vista comple-

ta desde su garganta hasta el ombligo)—, y vea, Georgito, cómo me dejaron esos bandidos del Medical Center.

Comprendí, por fin, a qué me enfrentaba.

*

Nadie discute ahora que la innovación tecnológica más importante de los últimos cincuenta años fue el reorganizador molecular. Inventado en el 2047 por el físico Dimitri Yurulenko y el matemático Alfred Constantin, el procedimiento fue diseñado, en principio, para comprimir la carga transportada por las naves espaciales, de manera que, en un compartimento dado, se pudiera acomodar el mayor volumen posible. Rápidamente, sin embargo, el avance fue modificado para conseguir otros objetivos. La primera adaptación significativa fue efectuada, en el 2050 por un equipo de genetistas chinos, quienes fueron capaces de mejorar la calidad de reses, cerdos, pollos y peces, al ampliar las partes aprovechables para consumo humano (sobre todo, los cortes finos).

En el 2053, un acontecimiento científico, dado a conocer por la revista *Extra-Nature*, fue un temprano aviso de que sectores estratégicos de la próspera industria del cuerpo, basada en productos para adelgazar, clínicas de cirugía plástica, programas de ejercicios, vestimenta deportiva y gimnasios, tenían los días contados. En un hospital privado de Nueva York se había logrado, con total éxito, utilizar una versión decisivamente optimizada del reorganizador para rediseñar el cuerpo de una persona, con el fin de darle la talla y el volumen deseados por el paciente. Patrick Giuliani, un oficinista convencido de que le faltaban centímetros y le sobraban libras, aceptó someterse a una técnica experimental, que lo transformó en un hombre de un metro noventa de estatura y ochenta y siete kilos de peso.

El nuevo procedimiento, en apenas unos meses, volvió obsoletos los implantes de siliconas y los dolorosos métodos empleados para eliminar las arrugas, corregir orejas, nariz y boca, depilarse, reducir el estómago y agrandar el pene.

También desaparecieron las incómodas dietas, las pastillas, inyecciones y batidos para perder peso y las cansadas sesiones de ejercicios. En adelante, bastaría someterse a una sesión de reorganización molecular para tener el cuerpo soñado, con la ventaja de que el tratamiento era completamente indoloro, duraba un promedio de un día, no requería tiempo de recuperación y podía efectuarse cuantas veces fuera necesario (el costo, inicialmente alto, bajó con rapidez al crecer la demanda de manera imparable).

Hacia el 2059, las posibilidades del reorganizador parecían haber alcanzado un límite, cuando ya era evidente el fracaso de todos los intentos por emplearlo para rejuvenecer órganos, en particular el corazón, el hígado y el cerebro. En el caso de la piel, las arrugas podían ser eliminadas, pero el envejecimiento no desaparecía. El interés de la opinión pública por el procedimiento empezaba a decaer cuando un periódico tailandés informó que un centro de investigación coreano había logrado modificar atributos físicos como el color de la piel y de los ojos. Aunque las autoridades de los distintos países, especialmente en África, Asia y América Latina, hicieron un esfuerzo por regular este tipo de transformación, los resultados fueron ínfimos. En pocos años, las personas —especialmente los jóvenes— que diferían del modelo caucásico se valieron de todos los medios que tenían a su alcance (incluida la prostitución) para financiarse la aplicación del nuevo tratamiento.

Si bien el reorganizador no alteraba el ADN, sucesivos cambios en el procedimiento permitieron que los padres, después del sexto mes de gestación, pudieran modificar las características físicas del feto. A finales del 2090, en un planeta en el que sólo los muy pobres o los fundamentalistas étnicos no eran blancos, altos, esbeltos, de ojos azules y verdes y de abundante cabellera, Adolf Wagner, un economista cultural de la New School of Harvard, dio a conocer una teoría acerca del cuerpo como cárcel. Sus planteamientos,

apropiados por juristas conservadores, fueron la base para una nueva concepción del derecho penal, según la cual el castigo para quienes rompieran la ley ya no consistiría en ir a prisión, sino en ser sometidos a una reorganización molecular que, de acuerdo con la gravedad del crimen cometido, los condenaría, por un determinado número de años o de por vida, a cuerpos pequeños y gordos, narices ganchudas, ojos rasgados, calvicie, rasgos faciales gruesos y piel de color negro, amarillo o cobrizo.

Debido al éxito que tuvo la experiencia estadounidense en controlar la criminalidad y reducir al mínimo el sistema carcelario (únicamente los asesinos iban a prisión), otros países pusieron en práctica programas similares. En el 2094, el Partido Auténtico Costarricense (PAUC) ganó las elecciones con un aplastante apoyo popular, en buena medida porque el eje central de su programa de gobierno consistía en frenar, mediante una drástica política de reorganización molecular, la inmigración ilegal. Los indocumentados, antes de ser devueltos a sus naciones de origen, serían sometidos a modificaciones corporales, de manera que les fuera mucho más difícil, en caso de que volvieran a intentarlo, ingresar a Costa Rica y confundirse con sus ciudadanos legítimos, blancos y físicamente perfectos.

*

Originaria de Matagalga, Yahaira vino a Costa Rica por primera vez en el 2093. Estilista talentosa, pronto pasó de laborar en pequeños salones a convertirse en una profesional altamente cotizada, empleada por el más exclusivo salón de belleza de San José. Ahorrativa, no le fue difícil disponer de los recursos suficientes para matricularse en la Universidad de los Espacios Interiores, de la que se graduó, en el 2096, como especialista en supervisión de bodegas. Con su título bajo el brazo y valiosos contactos con clientas agradecidas, consiguió trabajo en una floreciente cadena de supermercados. Todo iba de maravilla –su jefa le había augurado, inclu-

so, una pronta promoción— hasta que, por una denuncia anónima, la policía migratoria la capturó y, según el protocolo establecido, fue internada en el Pacheco Medical Center para ser alterada físicamente, antes de ser devuelta a Nicaragua.

En vista de la generalizada vulnerabilidad de los indocumentados, no era extraño que los técnicos a cargo de la modificación, con frecuencia racistas y xenofóbicos, aprovecharan la ocasión para ir más allá de lo que disponía la ley —el oscurecimiento de la piel y de los ojos— y deformaran totalmente el cuerpo de los ilegales. Puesto que, finalizado el procedimiento las víctimas de tales abusos eran entregadas inmediatamente a las autoridades para su deportación, no tenían margen para denunciar lo ocurrido. Estigmatizadas por el color del crimen, sus quejas tampoco eran atendidas en sus países natales. Yahaira escapó parcialmente de ese destino porque, justo antes de ser arrestada, logró comunicarse con su jefa, quien de inmediato llamó a su amiga Ivette para enterarla de lo sucedido. La oportuna intervención de mi ex obligó a suspender la expulsión y, previo pago de una fianza, a liberar a la detenida, que ya había sido transformada.

Después de estudiar a fondo el caso, y de reunirme un par de veces más con Yahaira (quien parecía conocer mejor que yo mis desventuras sentimentales), preparé una sólida apelación. Los jueces la aceptaron en todos sus extremos. El Estado costarricense fue condenado a asumir el costo de revertirla a su cuerpo anterior, a cancelar una elevada suma por daños morales y a aceptar, para su correspondiente tramitación, una solicitud para que se le otorgara un permiso que le permitiría laborar legal y permanentemente en el país. Al escuchar la sentencia, me abrazó con lágrimas en los ojos, me cubrió de besos y, cuando me tenía casi al borde de la asfixia, me prometió:

—Amorcito, para que veás lo infinitamente agradecida que estoy, te voy a dar un empujoncito con la Ivette.

XELAJÚ

Ser terrorista nunca ha sido una ocupación fácil, pero es a lo que me dedico, según las autoridades. No vayan a creer, sin embargo, que mis quehaceres implican poner bombas en hospitales, planificar asesinatos, minar puertos, envenenar fuentes de agua, esparcir virus, secuestrar personas u otras actividades por el estilo, en las que tienen vasta y reconocida experiencia varias respetables agencias gubernamentales. Lo mío son las operaciones incruentas de alto riesgo, en particular el sabotaje de instalaciones financieras, una tarea que cada vez es más difícil de lograr a distancia por la sofisticación y eficiencia de los filtros, rastreadores y anti-virus corporativos.

Pertenezco al Ejército de Liberación de la Palabra (WLA, por sus siglas en inglés), soy chileno y aquí se me conoce como Montag. La verdad es que así no me llamo, pero respondo a ese nombre. Lo inventó la subcomandante Pilar. Aunque respeto su rango, mi compromiso político es insuficiente para impedir que, al verla, células indisciplinadas de mi cerebro divaguen acerca de lo que mi cuerpo, acostumbrado al frío desesperado de los inviernos australes, haría entre sus brazos, en los que se agita un trópico contenido. Por la inexpresividad de su rostro y la indiferencia extrema con que me trata, infiero que presume el deseo que me habita.

Estoy en Escazú, en la sede del First Central American Bank (FCAB). Visto elegantemente y simulo interés en los nuevos fondos de inversión. La joven que me atiende contesta mis preguntas con una sonrisa programada. En diez minutos, a las seis de la tarde, la Pili se dejará ver por aquí. Será difícil que pueda deleitarme con el azabache de su pelo, el aroma indescifrable de su piel o la cadencia de su cintura, dado que se presentará con traje de fatiga, botas, guantes, casco, pasamontañas, equipo de comunicación integrado en el oído y lentes de contacto con visión nocturna. Para todas las personas, será indistinguible del resto del equipo de asalto, pero no para mí: la identificaré por su escopeta láser de cañón triple.

En los primeros quince segundos, los guardias serán inmovilizados y el edificio quedará a oscuras, con las luces de emergencia inutilizadas. Pili y sus subordinados dispondrán de dos minutos para correr en el computador principal del banco un programa que destruye bases de datos, transfiere fondos, identifica claves ejecutivas, abre cuentas fantasmas y efectúa otras funciones afines. Después, deberán irse rápidamente, antes que las brigadas anti-nosotros clausuren el área. No los acompañaré en su retirada. Compartiré la conmoción de los otros clientes y aprovecharé para que los paramédicos me sometan a los exámenes de rutina, obligatorios tras sobrevivir a un episodio violento. De paso, escucharé las declaraciones del gerente del FCAB a los periodistas, en las que minimizará pérdidas, daños e inconvenientes. Si no fuera por Xelajú y por mí, sus afirmaciones serían ciertas.

*

Puesto que ustedes gozan de la virtud de la paciencia y en algo debo ocupar el intelecto mientras aguardo, aprovecharé para explicarles contra qué combatimos. Hace casi medio siglo, en el 2068, Michelangelo Formagio, un potentado de las comunicaciones, fundó Total Words, una corpo-

ración dedicada a inventar nuevas palabras y frases, acepciones diferentes para las ya existentes y a patentizar unas y otras en todos los idiomas del mundo. La compañía, que abrió filiales en cada uno de los países del planeta, contrató miles de lexicógrafos, filólogos, lingüistas, abogados y juristas para lograr su propósito. En el 2075, una costosa campaña publicitaria comenzó a promocionar universalmente la utilización del nuevo vocabulario, crecientemente dominado por los anglicismos.

El potencial financiero de tan original proyecto empezó a ser evidente alrededor del 2078, cuando toda persona, empresa, organización e institución que utilizaba los recursos de Total Words debía cancelar un modesto derecho; de lo contrario, se exponía a una demanda legal. La corporación, gracias a su posición dominante en el mercado de las comunicaciones, logró construir un poderoso sistema de control cruzado, que le permitía detectar el uso de su patrimonio lingüístico en mensajes de texto, llamadas telefónicas, publicaciones electrónicas —principalmente periódicos, revistas, libros, catálogos y páginas personales— y transmisiones de radio y televisión.

Dado lo ínfimo de la tarifa cobrada, que disminuía si se adquirían paquetes mensuales o anuales, la estrategia de Total Words fue rápidamente aceptada, pese a las protestas de pequeños círculos de estudiantes, activistas e intelectuales, que defendían la libertad de la palabra. El éxito de la corporación se consolidó a partir del 2081, al aliarse con otros gigantes de la comunicación global y con los mayores proveedores de tarjetas de crédito. En adelante, todo usuario —físico o jurídico— que tratara de eludir el pago de los derechos correspondientes experimentaría la mutilación de sus textos o emisiones (espacios en blanco y silencios ocuparían el lugar de los productos patentados) y la aplicación de multas automáticas a sus cuentas, sin descartar la posibilidad de ser llevado a juicio.

Hasta el 2093, utilizar los recursos de Total Words fue algo que uno decidía; a partir de ese año, todo cambió. Primero en Estados Unidos y después en el resto del mundo, la corporación comenzó a comprar las palabras comunes y corrientes, que eran patrimonio de las distintas comunidades lingüísticas. Presionados por los crecientes déficits fiscales, derivados de la reducción de impuestos a las compañías dedicadas a la colonización de la Luna y de Marte, los gobiernos estaban dispuestos a vender lo que fuera con tal de mejorar las finanzas públicas y mantener un mínimo de programas sociales.

Con la monopolización de todas las palabras del mundo, la corporación y sus socios fueron todavía un paso más allá: en el 2097, establecieron que se reservaban el derecho de comunicación y publicación. En la práctica, esto significó que, con base en los potentes e impenetrables medios de control diseñados originalmente para vigilar el uso comercial de sus productos, iban a ejercer censura. Casi de inmediato, se iniciaron las mutilaciones, al ser suprimidas las críticas a Total Words y a sus aliados financieros y gubernamentales. Las inmensas manifestaciones de indignados opositores —encabezadas por artistas, escritores, periodistas y académicos—, que recorrieron las más célebres calles y avenidas del planeta, no lograron detener el proceso.

*

Fundado en Quebec en el 2103, el Ejército de Liberación de la Palabra pronto se extendió por todas partes (la filial costarricense fue abierta en el 2105). La organización fue establecida tras el fracaso de las movilizaciones populares y de los intentos ingenuos por desafiar a la corporación. En el 2099, una cruzada para boicotearla mundialmente mediante el retiro masivo de suscriptores terminó en un completo fracaso. Dos años después, un llamado de las organizaciones de filólogos y lingüistas independientes para impulsar un vocabulario de libre acceso tampoco tuvo éxito,

en particular porque, desde el 2095, Total Words lideraba un procedimiento para inventar y patentizar automáticamente nuevos términos y acepciones, el cual superaba, en rapidez y recursos, a cualquier competidor.

En los primeros doce años de existencia, el Ejército concentró sus ataques en penetrar las sofisticadas defensas corporativas. Los logros, pese a los esfuerzos desplegados, fueron mínimos. Algunos de los virus introducidos en el sistema entorpecieron procesos de cobro y de control y desestabilizaron bases de datos; pero los daños provocados tuvieron un impacto esencialmente local y fueron corregidos con precisión y rapidez. Los costos de estas operaciones resultaron muy altos: a partir del 2101, las brigadas antiterroristas mejoraron su capacidad de respuesta, por lo que, actualmente, varios de nuestros líderes descuentan desproporcionadas penas de prisión.

Tras las redadas del 2115, que prácticamente descabezaron a la organización, una nueva dirigencia, liderada por el comandante Shomsky, ordenó detener las actividades en contra de Total Words y mantener un perfil bajo. A mediados del 2117, empezaba apagarse el ímpetu revolucionario cuando fui contactado urgentemente por mi superior. Viajé a Cracovia y allí fui puesto al día. Los mejores científicos del Ejército acababan de diseñar un dispositivo con el potencial para destruir, completa y definitivamente, a la corporación. Xelajú, un nanofilamento fabricado a partir de arseniuro de galio uranizado, será capaz, una vez introducido en un exaprocesador, de fundirse con su estructura y permanecer indetectable.

Finalizada la fusión, Xelajú comenzará a infectar todos los sistemas basados en exa —una tecnología fabricada exclusivamente para Total Words y sus asociados— con un supervirus capaz de extenderse, reproducirse y mutar con una velocidad asombrosa, de colonizar los propios circuitos integrados de las supercomputadoras corporativas, y de recono-

cer e inutilizar los archivos, aplicaciones y respaldos del enemigo que existan en otras empresas, organizaciones y entidades gubernamentales. El éxito de la operación depende de dañar permanentemente los equipos, desbaratar los programas de control y de cobro, finalizar la invención automatizada de nuevos productos lingüísticos y borrar las patentes (originales y copias).

En el escenario previsto por la dirigencia, el caos sin precedente provocado por el ataque abrirá espacios para impulsar, de manera decisiva, un vocabulario de libre acceso, al tiempo que el Partido de la Libre Expresión –brazo político del Ejército– llamará a movilizarse masivamente a favor de una legislación que declare todas las palabras y sus significados bienes públicos inalienables. Además, en el próximo ciclo de elecciones generales, a efectuarse en el 2118, postulará candidatos en los distintos niveles, cuyo desempeño en las urnas ya no será perjudicado por el control de las comunicaciones ejercido por Total Words.

Para completar la ofensiva por el lado legal e institucional, abogados y juristas independientes utilizarán todos los medios a su alcance para obstaculizar los previsibles intentos de la corporación por restaurar sus derechos de propiedad. La falta de respaldos materiales facilitará la obstrucción: en el 2077, con la excusa de proteger el ambiente, y con el propósito oculto de reforzar su posición en un mercado dominado por la comunicación electrónica, Total Words lideró una exitosa cruzada para prescindir del papel. Su sincero compromiso con el proyecto lo demostró al conservar sólo las versiones digitales de sus miles de millones de patentes.

*

En vista de que el tiempo apremia, omitiré la información de mi expediente en que se basó la dirigencia para asignarme esta operación y las razones por las cuales un equipo de expertos determinó que la sede costarricense del

FCAB –el principal socio financiero de Total Words en Centroamérica– ofrecía las mejores condiciones para insertar Xelajú con éxito. Después de una corta estancia en Nueva York y Bogotá, donde terminé de prepararme física y tecnológicamente para cumplir con mi parte, llegué a San José el 20 de octubre del 2117 y, al día siguiente, conocí a la subcomandante. Juntos definimos los detalles finales del asalto, a efectuarse el 7 de noviembre.

Debo dejarlos ya. El espectacular ingreso de la Pili está a segundos de distancia. Apenas tendré un instante para verla y, después, a lo mío. Una vez con el edificio completamente a oscuras, bajaré a la bóveda donde está el exa-procesador, la abriré, localizaré los circuitos escogidos para la inserción, descargaré Xelajú y, antes de volver a la plataforma de servicio al cliente del banco, borraré toda evidencia de mi arte. No porto más instrumentos que lentes de contacto especiales y un equipo miniaturizado de alta precisión, oculto en mi billetera.

Tal vez mañana, en un mundo de palabras liberadas, la subcomandante y yo podamos, por fin, conversar sin la barrera del rango. Comenzaré con una pregunta simple: ¿por qué Montag?

LA ÚLTIMA NOCHE DE RODOLFO

La pantalla se iluminó con el artístico logo de “Home and Garden”. Irma terminó de leer el último párrafo de la página antes de cerrar el libro (era una edición de 1999 de *El amor en los tiempos del cólera*, de García Márquez) y autorizar la transmisión. La joven que la iba a atender la saludó con una discreta sonrisa:

–Gracias, señora Fernández. Me llamo Céline y seré su asesora de ventas durante este proceso. ¿Empezamos?

–Por favor.

–De acuerdo con su expediente de consumo, usted compró un modelo LGI-A2060 con extras.

–Es correcto.

–¿Todavía lo tiene?

–Sí.

–¿Puedo saber por qué no lo ha reemplazado?

Por su carácter íntimo, el tema de la pregunta era incómodo; pero Céline, con varios años de experiencia en tratar casos similares, estaba obligada a plantearlo. Las personas que adquirirían compañeros artificiales podían, con el paso del tiempo, experimentar sentimientos muy profundos por esas posesiones y desatender el consejo de los fabricantes de sustituirlos cada dos años. La dependencia emocional suponía un grave riesgo para los propietarios, ya que tras enviar el objeto de sus afectos a las plantas de reciclaje, solían hun-

dirse en la depresión. Culpas inmanejables los abrumaban y algunos, incluso, habían intentado suicidarse.

–Céline, no se preocupe. Soy psicóloga y le aseguro que estoy lista para desprenderme de Rodolfo.

–Bonito nombre.

– Gracias. ¿Continuamos?

–Por supuesto. La serie A-2060 dejó de ser fabricada en el 2050, es decir, hace casi doce años. ¿Está al día con las características de los nuevos modelos?

–Algo sé por la publicidad.

Complacida porque iba a poder demostrar sus conocimientos especializados, Céline adoptó un tono didáctico:

–Los modelos de antes eran poco personalizados y el consumidor, a lo sumo, podía incorporarles algunos extras. Ahora, se ensamblan a gusto del cliente.

–¿Qué es lo que puedo escoger?

–Prácticamente todo.

El ligero gesto de desconfianza en el rostro de Irma era previsible. Céline ya estaba acostumbrada.

–¿Lista?

Irma asintió.

–A partir de este momento, en el margen izquierdo de su pantalla se desplegará una ventana con las opciones disponibles.

–Ya la veo.

–Comenzaremos con las características físicas básicas.

–Adelante.

–¿De qué edad lo prefiere?

–Unos 45 años.

–¿Estatura?

–Un metro con ochenta y tres centímetros.

–¿Peso?

–Setenta y cinco kilos.

–¿Calvo o con...?

–Con abundante pelo.

- ¿De qué color?
- Castaño claro, corto y peinado hacia atrás.
- ¿Canas?
- Algo, sí.
- ¿Un diez por ciento?
- Póngale un veinte.
- ¿Barba, patillas y bigote?
- No.
- ¿Vello en brazos, piernas, pecho y espalda?
- Mucho.
- ¿Le pongo una densidad del cincuenta por ciento?
- Mejor del sesenta.
- ¿Rostro?
- Ligeramente oval.
- ¿Frente?
- Ancha, con unas tres arrugas muy sutiles.
- ¿Orejas?
- Promedio.
- ¿Nariz?
- Lo mismo.
- ¿Labios?
- No demasiado gruesos.
- ¿Color de ojos?
- Miel y ligeramente grises alrededor de la pupila.
- ¿Alguna cicatriz, lunar o tatuaje en especial?
- No.
- ¿Piercings?
- Tampoco.
- ¿Musculoso?
- Sí, pero no excesivamente.
- ¿Treinta por ciento de músculos?
- Súbalo a cuarenta.
- ¿Piel?
- Tersa, de un dorado mate.
- ¿Abdomen plano?

- Prefiero con pancita.
- ¿Un quince por ciento?
- Excelente.
- ¿Tamaño máximo del pene erecto?
- Dieciséis centímetros.
- ¿Circunferencia máxima?
- Doce.
- ¿Variación angular?
- Entre 35 y 45 grados.
- ¿Compresión testicular?
- Cien por ciento.
- ¿Extra-turbo?
- Sí.

-Antes de finalizar con esta sección del pedido, debo informarle que, en el desempeño sexual, hay algunos cambios que quizá la sorprendan. Para que los A-2060 lloraran, salivaran, sudaran y eyacularan, cada cierto tiempo era necesario reemplazar los cartuchos que contenían esos fluidos. Ahora eso ya no es necesario.

-¿Por qué?

-Puesto que la meta es que los nuevos modelos compartan lo más posible con los propietarios (por ejemplo, en restaurantes, cafés y diversas actividades sociales), se les ha diseñado para que puedan procesar materia orgánica –alimentos y bebidas–, la cual utilizan para fabricar lágrimas, saliva, sudor y semen.

-¿Y necesitan ir al baño?

El gesto de desagrado de Irma desapareció, con un suspiro de alivio, tras la aclaración de Céline:

-No, los residuos se eliminan por vaporización inodora, una vez al día, generalmente durante la madrugada.

-¿Sin contaminación de ningún tipo?

-Garantizado. Además, cuando ya tenga el modelo en su casa, puede graduar los niveles de acidez y salinidad de los fluidos y, si gusta, puede añadirles sabores y olores a su

entera satisfacción. También se introdujo una modificación fundamental en la eyaculación.

—¿Cuál?

—Los A-2060 debían ser programados para eyacular en un tiempo dado, lo cual obligaba a los propietarios a ajustar la satisfacción de sus necesidades al plazo establecido. Los nuevos modelos pueden alcanzar el orgasmo junto con el dueño mediante dos opciones: en respuesta a una orden directa o por reconocimiento automático del grado de excitación. Disfrutar el clímax compartidamente ya no tiene que ser excepcional.

Irma no logró evitar una risa nerviosa y Céline la aprovechó para añadir:

—También es posible establecer la cantidad, color, viscosidad y temperatura del semen vertido, el nivel de fuerza con que será expulsado y el tiempo a transcurrir antes de la próxima eyaculación. ¿Le gustaría revisar en detalle estas características?

—Deje los valores promedio.

—Por una suma adicional, al modelo se le incorporaría un procesador especial que lo convertiría en multiorgásmico. ¿Le interesa?

—Voy a pensarlo.

Con la esperanza de que Irma lo decidiera de una vez, Céline fingió revisar algo en su escritorio; después, convencida de que no iba a poder vender el extra de inmediato, señaló:

—Las siguientes secciones son para definir las características emocionales e intelectuales, así como los intereses y preferencias del modelo. Como verá, las combinaciones a su disposición son múltiples. Puede escogerlo caballeroso, emotivo, serio, amante de las actividades al aire libre, conversador inteligente, aficionado a la filosofía y a las bellas artes o practicante de deportes extremos, impulsivo, con tendencia a la ensoñación y al galanteo, irresponsable —la

proporción máxima es del 30 por ciento—, políticamente indiferente y bailador de salsa. También...

Faltaban diez minutos para las nueve de la noche cuando Irma terminó de preparar la orden de compra. Céline le indicó que en dos días estarían listos los prototipos virtuales y que, una vez seleccionado el definitivo, su nuevo compañero le sería llevado, en menos de una semana, a la puerta de su apartamento, ubicado en San Vicente de Moravia.

—Le recuerdo que, una vez activado el modelo, dispone de un mes para solicitar gratuitamente cambios o ajustes. La garantía general es por un año y, con su compra de hoy, quedará inscrita, de manera automática, para la rifa de un viaje a Dubai con todo pago. Gracias por escoger “Home and Garden”.

Agotada, Irma cenó frugalmente: una ensalada de atún con agua mineral. Se dispuso a ver una película antigua (*Amarcord*, de Fellini), pero rápidamente empezó a cabecear. Se acostó y, antes de apagar la luz, acarició la frente de Rodolfo, que ocupaba el lado izquierdo de la cama. Al mediodía, había iniciado el progresivo proceso de desactivación, con el propósito de que, a las siete de la mañana, los del reciclaje pudieran recogerlo sin demora. Lo único que dejó operativo fue su sistema respiratorio, que cumplía la saludable función de purificar el aire.

ARMAZÓN DE ESTRELLAS

Hoy cumplí, mi amado dorogoy, 82 años. El cielo amaneció oscuro e, incluso, llovió un poco; pero, después del mediodía, aclaró. Mis primitas, que ya son abuelas, vinieron con sus nietos y paseamos por los jardines del asilo. Trajeron un pastel, no tengo que decirte de qué sabores, y apagamos velas. Se fueron pasadas las cinco de la tarde. Ahora, acabo de comer unas frutas y aprovecharé el rato que me queda, antes de acostarme, para escribirte. Será la última vez. A las nueve de la noche, vendrá la enfermera, me dará una pastillita blanca y ya no despertaré más. A las siete de la mañana, en presencia de juez competente, mi vida será legalmente terminada por un técnico especializado en muertes sin dolor; luego, se dispondrá de mi cuerpo en un desintegrador molecular. Nada quedará de mí. ¡Ni las cenizas!

Desde hace tres meses tengo aprobada la solicitud para finalizar mi existencia, pero no quise contártelo con anticipación para no preocuparte. Aunque estas semanas pasaron más rápido de lo que imaginé, pude arreglar mis asuntos legales, contestar correspondencia atrasada e, incluso, preparar un prefacio para una nueva edición de mi libro. ¿Te acordás cómo, en aquel café vegetariano un viernes por la noche, interrumpiste mis ensoñaciones literarias? Con una sonrisa inesperada, me emplazaste: “¿cuándo tendré el gusto de tener una obra tuya entre mis manos?” ¡Ay, mi dorogoy!

Parece increíble que eso fuera hace cincuenta años. ¡Tenés tanto tiempo de habitar en mi memoria!

A veces, olvido un poco el orden de los hechos, y entonces repaso nuestros correos electrónicos. Los tengo casi todos. Allí estamos, con unas semanas de conocernos: vos, ya un escritor prestigioso y respetado; yo, alguien que apenas empieza; y ambos, vacilantes, ansiosos e inciertos. Nos separan tu esposa, mi marido y –aunque menos– la diferencia de edad. Pasan los meses, parece que nada va a ocurrir y un día, que me invitás a cenar, me decís: “lo de nosotros podría ser algo más”. Me estremezco y, casi de inmediato, te respondo: “dejemos que sea”. Luego, en el auto, con una mano me acariciás el pelo y con la otra me atraés hacia vos. Cierro los ojos y tu boca explora mis labios, los abre, aparta la muralla de los dientes, se apropia de mi lengua, me devora

Desde ese momento, me llenaste de besos clandestinos y caricias ilegales, de horizontes que sobrevivían al atardecer y sueños que me llamaban por mi nombre. Te convertiste en la única persona dispuesta a escuchar, con la debida atención, mis proyectos, por lo general tan ingenuos como irrealizables; me ayudaste a enfrentar ansiedades y temores; me hiciste sentir que podía lograr mis metas, por altas que fueran, y que merecía ser amada con pasión y dignidad. A tu lado fue lo más cerca que alguna vez estuve del amor como experiencia vivida. ¿Podés, siquiera, imaginar lo que sentí cuando, otro viernes en la noche, dos años después, me dejaste un mensaje en mi teléfono celular en el que, de manera unilateral y sin explicaciones, dabas por terminada nuestra relación y me pedías que no te escribiera ni te llamara?

Superados el dolor y la furia por tu abandono, traté de entender tu decisión. Unos días antes me habías preguntado si estaría dispuesta a divorciarme. Te contesté que no y evité dar justificaciones. ¿Qué te podía decir que no hubieras adivinado ya? La relación con mi esposo me daba estabilidad, comodidad y seguridad porque, aunque afectivamente me

ofrecía poco, no me demandaba mucho. Él no esperaba casi nada de mí, excepto que no molestara más de lo necesario con mis caprichos; vos, en cambio, sabías leerme. Por eso, desde un inicio, reconociste en mí al ave dispuesta para el vuelo. ¿Podría cumplir tus expectativas? ¿Qué pasaría si no lo lograba? Además, antes de conocerte, jamás fui mujer de un solo hombre, de manera que, aunque dejara a mi marido por vos, lo más probable sería que, en algún momento en el futuro, también buscara a otro, simplemente por disfrutar la variedad de estar con alguien diferente.

Nunca más te volví a ver. Por despecho, dejé de planificar y quedé embarazada; pero eso, al final, tuvo un resultado triste. Ya recuperada, me involucré con otra persona, y así se me fue la vida. Estrenar hombre cada cierto tiempo se me hizo un hábito. Algunos fueron gentiles y espléndidos, otros apenas si calificarían como el revolcón de la semana en un motel olvidable. Fugaces o prolongadas, siempre procuré que tales aventuras fueran muy discretas, por lo que mi matrimonio no corrió peligro. Cumplidos los cuarenta y cinco años, se me dificultó, cada vez más, encontrar relevos que valieran la pena, aunque siempre podía contar con que habría algunos jóvenes dispuestos a acostarse conmigo por la simple curiosidad de estar con una mujer mayor. Pasados los cincuenta, probé con profesionales y, como era previsible, tales experiencias resultaron demasiado caras y poco satisfactorias.

Envejecer fue difícil para mí y, por casi dos décadas, luché a brazo partido por conservar lo que quedaba de mi juventud. Experimenté con todas las dietas, recorrí mil y un gimnasios, acumulé tarjetas de cliente frecuente de decenas de clínicas de estética y me sometí a los más extraños tratamientos y cirugías (¿Sonreíste? No importa, te doy permiso de que lo hagas). Al llegar a los sesenta, seguí tu consejo y firmé la paz con mi edad. Por esa época, mi amado dorogoy, supe que habías muerto. Falté a tu funeral, pero unas sema-

nas después fui al cementerio y estuve un rato ante tu tumba, sin flores ni lágrimas, sólo con los recuerdos.

Un día, casi sin previo aviso, amanecí en condición de jubilada y decidí que era hora de ajustarme a mi estado civil. Me resigné a ser una esposa fiel y atenta y, una vez que mi marido se pensionó, nos dedicamos a lo que hacen las parejas viejas, sin hijos y con recursos económicos: viajar. Fue una época tranquila y, en cierto modo, feliz; aunque publiqué muy poco, escribí mucho. A inicios del 2041, supe que quedaría viuda: a mi *monsieur Bovary* le diagnosticaron un nuevo tipo de leucemia. Falleció antes de cumplir los 69 años. En sus últimos meses, traté de compensar, en algo, el régimen de afecto mínimo a que lo sometí durante la mayor parte de nuestra vida.

Contigo, *dorogoy*, ha sido mucho más difícil, y cómo no iba a serlo, puesto que fuiste el que, en un momento decisivo de mi vida, impulsó mis caminos fuera de los mapas. Pensé que podría olvidarte, me esforcé por lograrlo, y no pude; por tanto, opté por aceptar tu presencia permanente en mí. Desde entonces, te escribo casi todos los días para contarte lo que hago, cómo me siento y qué haré mañana; a veces, también te pregunto cosas y te pido consejo; y no es inusual que, en sueños, me contestés. Allí estás, con la mirada brillante y los característicos movimientos de tu boca, que siempre que puedo atrapo entre mis labios. De pronto, el aire es un aliento fugitivo, palabras y sombras se retiran a sus aposentos y tu piel sin restricciones vuelve a liberar la mía, a medida que tus manos descienden —implacables— por mi cintura, como una noche desprendida de su armazón de estrellas.

Evidentemente, si las miles de páginas que te he escrito y nuestros correos se hicieran públicos, los estudiosos de la literatura centroamericana serían felices. Pero, mi amado *dorogoy*, no te preocupés. Programé esta sesión para que, enviado este mensaje, mis archivos personales desaparezcan del ciberespacio. A diferencia de *Gala*, que conservó las car-

tas que Éluard le sugirió que destruyera, sé lo que debo hacer. Lo nuestro escapó a todos los registros, y ha de permanecer así, en el umbral de ese silencio cómplice con que nos cobijábamos después de compartirnos hasta quedar exhaustos, bañados por un sudor que se resistía a sucumbir al roce de las sábanas. ¿Fuimos unos cobardes por no darnos la oportunidad de iniciar una nueva vida juntos o un amor de esta índole sólo es posible de la manera en que fue? Imagino tu respuesta: ya no vale la pena preguntarse eso, ¿cierto?

Sabés que siempre sos bienvenido en mis sueños. Dejaré puertas y ventanas de par en par. ¿Vendrás, amor mío, esta noche final para que pueda, por última vez, arder como una isla de fuego en tu mirada insaciable?

PANDORA INMINENTE

Aún no amanecía cuando me despertó una llamada de mi tío Julio. Entre toses y jadeos, me contó que a su hijo

Lucas lo acababan de detener en Las Vegas y que, al parecer, lo iban a recluir en una prisión —oficialmente no existente— ubicada en Guantánamo. Sin más datos, me comuniqué con la vicescanciller (una antigua compañera de mis días universitarios), quien prometió contactar, lo antes posible, al embajador costarricense en Washington. Alrededor de las once de la mañana, ya había confirmado el arresto de mi primo, a mitad de una función, en The Florentian (Resort, Hotel & Casino); y sabía, además, que durante el traslado al aeropuerto, logró engañar a sus captores y escapar, por lo que su condición legal ahora era la de fugitivo.

Lucas, el menor de los tres hijos de mi tío, destacó desde niño por su talento. A los veintitrés años, tenía una maestría en física y le fue adjudicada una beca para realizar un doctorado en el New Tulane Institute of Technology, del cual se graduó con honores. Reconocidas universidades y poderosas corporaciones le ofrecieron atractivas opciones de empleo, pero las rechazó todas para dedicarse a lo que era su pasión de la infancia: la magia. Gracias a su habilidad para combinar los viejos trucos con los nuevos avances científicos, se convirtió en una de las figuras internacionalmente más cotizadas de esa difícil profesión. Convertido en un joven millonario,

no le fue difícil nacionalizarse estadounidense. Pronto sus romances, en especial con modelos y actrices, lo catapultaron al corazón mismo de la prensa sensacionalista.

Precisamente por tratarse de una celebridad, la detención de mi primo —ejecutada por los funcionarios a cargo de manera poco discreta— y su fuga posterior, alcanzaron la categoría de noticias globales. La familia de mi tío fue obligada a esconderse para escapar del acoso constante de cientos de periodistas de todo el planeta que llegaron a San José con la misma pregunta en sus labios: ¿qué hizo este mago para desatar las iras del gobierno federal? Dado el completo hermetismo de las autoridades, corrían los rumores más disparatados. Según unos, Lucas había hipnotizado a varios senadores con fines políticos; otros aseguraban que tenía secretos vínculos con el crimen organizado; y no faltó quien afirmara que era el responsable de embarazar a la hija menor de edad del vicepresidente de Estados Unidos.

Las especulaciones iban y venían, con el comprensible propósito de elevar las ventas y los índices de audiencia. En la mañana, se decía que Lucas había sido arrestado en Suecia; al mediodía, se informaba que fue el protagonista de un tiroteo en Toronto; en la tarde, se mostraba un cuerpo en una morgue de El Cairo que, de acuerdo con la opinión experta de un médico forense, era el de mago; y en la noche, un reportaje especial indicaba que permanecía oculto en una mina abandonada en el desierto de Atacama. Para condimentar debidamente estas primicias, fueron muy útiles las inevitables confesiones sentimentales de numerosas ex amantes, reales e imaginarias, que se refirieron en detalle a los gustos, conductas, creencias y posiciones sexuales preferidas del fugitivo más buscado del planeta. Agobiada por el dolor y la incertidumbre, la familia de mi tío se aproximaba peligrosamente al colapso cuando la prestigiosa Ethical Science Foundation publicó una carta de mi primo.

*

“Durante mi primer año en Tulane, compartí un apartamento con Jacob Aronov, un biólogo especializado en cristalografía orgánica y actualmente destacado en la base de Estados Unidos en Marte. Hace seis días, unos veinte minutos antes que iniciara mi función en The Florentian, él me llamó a mi número privado. Casi no reconocí su voz ni su imagen y me costó entender lo que decía, dado que una fuerte interferencia afectaba la señal. En los pocos segundos que duró la comunicación, capté que algo muy grave ocurría y, luego, *seemrhide*, una palabra que me obligó a visitar abandonados territorios de mi memoria.

Por la época en que éramos estudiantes, Jacob y yo, después de prolongadas conversaciones en el bar de la esquina, coincidimos en que podría ser interesante, en términos financieros y científicos, elaborar una matriz capaz de procesar complejas tareas de experimentación teórica en diversas áreas del conocimiento. Iniciadas las labores, diseñamos un sitio en el ciberespacio, imposible de detectar e impenetrable, para almacenar la información producida. La falta de resultados alentadores y las exigencias crecientes de los programas de doctorado pronto empezaron a deteriorar el entusiasmo que compartíamos. Tras analizar distintas opciones, acordamos suspender indefinidamente el proyecto, pero sin borrar *seemrhide*.

Profundamente preocupado por la llamada, terminé de prepararme para salir al escenario. Apenas iba a iniciar la función, uno de mis asistentes me indicó, entre bastidores, que tenía algo urgente que decirme. De prisa, me disculpé con el público, aterrado por la imagen de que una tragedia acababa de golpear a mi familia; pero no se trataba de eso. El alivio fue efímero. De improviso, varios agentes federales me solicitaron que los acompañara. Pregunté por qué y su respuesta fue indicarme que guardara silencio. Al insistir en que me explicaran las razones por las que me detenían, trataron de esposarme. Me resistí, empezamos a forcejear y, en

la lucha, derribamos uno de los telones principales, para beneficio de las cámaras de televisión.

Los detalles acerca de cómo logré escapar pertenecen a los secretos inevitables de todo mago profesional. Sí les diré que, una vez que me sentí a salvo, logré acceder el sitio y encontré varios documentos electrónicos, cuyo contenido ya puede ser consultado (véase la dirección: <http://seemrhide.two.pandora/>). Según el resumen ejecutivo preparado por Jacob, después de confirmarse, el año pasado, la existencia de vida bacteriana en Marte, los gobiernos y corporaciones involucrados en la exploración del planeta se apresuraron a conseguir la mayor variedad posible de especímenes. Desde hace unos cinco meses, muestras de tales microorganismos han comenzado a ser enviadas de manera ilegal a la Tierra.

Actualmente, hay unos trescientos laboratorios, localizados especialmente en Inglaterra, Estados Unidos, Canadá Rusia, China, India, Japón, las dos Coreas y Brasil, que llevan a cabo investigaciones para determinar el potencial farmacológico y militar de esas bacterias. También, se han iniciado experimentos para cruzar ADN terrestre con el marciano con el fin de explorar las propiedades de nuevas formas de vida animal y vegetal. Sobra decir que tales actividades son extremadamente peligrosas, que muchas se efectúan en instalaciones que carecen de las condiciones mínimas de seguridad y que algunas muestras de los microorganismos originales y de los híbridos han caído en manos de organizaciones dispuestas a venderlos al que más ofrezca.

El elevadísimo riesgo que supone la incontrolada manipulación de las bacterias y su irresponsable movilización a lo largo y ancho del planeta es demostrado por lo sucedido en un laboratorio de la base europea en Marte. De acuerdo con Jacob, tres científicas que resultaron accidentalmente contaminadas, fallecieron en el término de una hora, tras ser literalmente devoradas por los microorganismos. En un episodio similar, registrado unos pocos días después en el com-

plejo ruso, la persona afectada murió en menos de treinta minutos. Una autopsia realizada a distancia reveló que tenía el aparato digestivo completamente desintegrado.

Dados los fuertes intereses que están detrás de esta demencial competencia por obtener ventajas y beneficios económicos y militares a partir de la explotación de las bacterias marcianas, las diversas organizaciones de la sociedad civil deben intervenir para obligar a las autoridades a proceder, de manera drástica, contra quienes ponen en peligro la vida de todos. También es preciso exigir que se den a conocer detalladamente los incidentes ocurridos en Marte. Gracias al coraje de Jacob, puedo acompañar esta denuncia con una lista bastante completa de las empresas y personas involucradas en los experimentos con los microorganismos”.

*

La conmoción provocada por la publicación de la carta fue de escala global. Forzados a tomar acción, los gobiernos cerraron laboratorios, detuvieron a cientos de personas y emprendieron investigaciones minuciosas; sin embargo, persistió la duda acerca de cuántas bacterias marcianas quedaban en la Tierra, en dónde estaban y para qué se las utilizaba. En un incidente bastante confuso, luego de su llegada a Washington, Jacob Aronov resultó muerto (la versión oficial afirma que fue acribillado en su apartamento por unos fundamentalistas opuestos a la exploración espacial, quienes escaparon espectacularmente tras el atentado).

De Lucas, no se supo más. En abril del 2057, casi un año después del escándalo, me encontraba en Berlín cuando recibí un escueto mensaje en mi teléfono. Acudí al lugar indicado en una bella noche de primavera. Al rato, vislumbré una figura que se acercaba. Con barba, bigote, un cambio en el color y el corte del cabello, anteojos oscuros y algunos kilos extra, me costó reconocerlo. Mi primo me abrazó fuertemente, me entregó una extensa carta para que se la diera a mi tío, y me aseguró que se encontraba bien. Ya no existía orden de

arresto en su contra, pero temía que lo mataran. Antes de irse, el mago me preguntó muy serio:

—¿Qué es eso que tenés allí?

—¿Dónde?

Con una rapidez increíble, extrajo una rosa roja de mi oreja izquierda. Aplaudí discretamente, con mis dos dedos índices, como lo hacía cuando éramos niños. Se despidió sin dejar de sonreír. Cruzó la calle y, al llegar a la mitad del puente desde el cual los freikorps lanzaron el cadáver de la Luxemburgo en 1919, se volvió, me miró fijamente, arrojó la flor al canal, me saludó con una reverencia y desapareció.

Contratos para ir a la cárcel en sustitución de políticos corruptos, nacionalidades que se pueden comprar a plazos, peligrosos experimentos con bacterias descubiertas en Marte y palabras a las que urge liberar de las leyes del mercado, son algunos de los temas que tratan los sorprendentes relatos incluidos en este libro.

Iván Molina Jiménez es autor de la novela *Cundila* (2002) y de tres libros de cuentos de ciencia ficción: *La miel de los mudos* (2003), *El alivio de las nubes* (2005) y *La conspiración de las zurdas* (2007).

